

¡FRIO!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

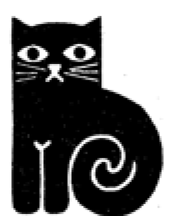


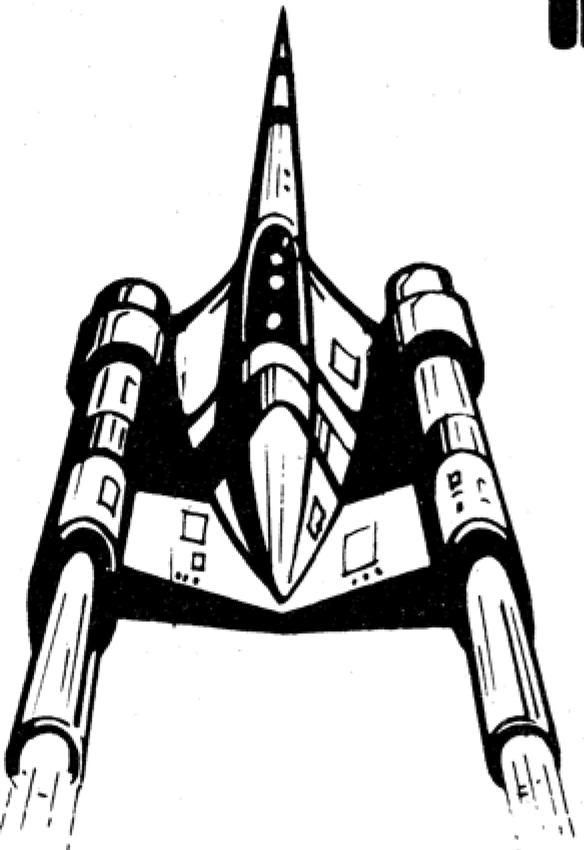
CONQUISTA ESPACIO

¡FRIO!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

662 — *La noche de los mutantes* — Curtis Garland

663 — *Vendedor de planetas* — Clark Carrados

664 — *El canje* — Ralph Barby

665 — *En poder de los hombres araña* — Joseph Berna

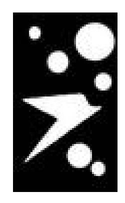
666 — *T.E., el terrestre extra* — Frank Caudett

GLENN PARRISH

¡FRÍO!

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 667

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B: 9.424 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1983

2ª edición en América: noviembre, 1983

© **Glenn Parrish - 1983**

texto

© **Bernal - 1983**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se dispuso a salir del laboratorio y colgó de su hombro izquierdo una bolsa de cuero artificial y de buenas dimensiones, de la que salía un flexible cable que iba a parar a un extraño aparatito que llevaba en la mano también izquierda. Echó a andar y, para evitar el encontronazo con una mesa hizo un brusco movimiento, que provocó una ligera pérdida del equilibrio.

Jirt Rogan lanzó una maldición en voz baja, mientras procuraba recobrar la estabilidad, con la ayuda de la mano libre, apoyada en un punto en el que ni siquiera se fijó. El dedo meñique derecho oprimió algo, pero él no reparó en el detalle, obsesionado por abandonar aquel lugar cuanto antes.

Al llegar junto a la puerta, se volvió un instante y sonrió de manera extraña. Al fondo, había un gran cuadro de instrumentos, en el que unas agujas habían empezado a moverse, pero Rogan no miró hacia allí ni y una sola vez.

—Adiós, profesor Qiphax —dijo—. Tu secreto dejará pronto de serlo y yo me resarciré sobradamente de cuanto me has negado hasta la fecha.

Abrió la puerta, apagó las luces y salió fuera del edificio.

Soplaba una fresca brisa. El laboratorio estaba instalado en un lugar solitario. Las luces de la ciudad se divisaban a cosa de quinientos metros de distancia. Rogan tenía que celebrar una entrevista con determinada persona, en un edificio discreto, convenido de antemano, y no era necesario que usara su aeromóvil para desplazarse. Podía caminar perfectamente a pie y, por otra parte, su llegada despertaría menos atención todavía.

La noche había caído hacía ya bastante rato. Había un estrecho sin iluminar, pero el resplandor de los faroles lejanos permitía ver la ruta sin dificultad alguna. Un soplo de aire fresco y húmedo le dio en el rostro y Rogan confió en que la lluvia esperase lo suficiente para llegar a su destino sin mojarse.

De repente, cuando menos lo esperaba, una sombra oscura le cerró el paso.

—Alto ahí, amigo —dijo el sujeto—. Si se fija bien en lo que llevo

en la mano, verá que es una pistola, exacta reproducción actual de una fabricada hace trescientos años. Pero también han reproducido la pólvora y las balas. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Rogan parpadeó, asombrado por la sorpresa de algo insólito.

—Esto es… un atraco —dijo.

—Exacto, hermano —contestó el desconocido—. En este horrible siglo XXIII, todavía sigue siendo necesario eso que muchos dicen detestar tanto y que todos adoramos como idiotas: el dinero. Así que basta ya de charla y, como se decía antiguamente: ¡Venga la pasta!

Rogan reflexionó rápidamente. No llevaba mucho dinero, pero le fastidiaba dejarse robar sin oponer resistencia. Sin embargo, era fácil adivinar que el ladrón estaba dispuesto a apretar el gatillo de su arma anticuada, a menos que cediera en sus pretensiones.

De repente, se acordó de lo que llevaba a cuestas y sonrió.

—Aguarde un momento —pidió—. Tengo el dinero aquí, en la bolsa…

Cambió el objeto de mano, pasándolo a la derecha. Con la izquierda levantó la tapa de la bolsa y dio media vuelta a una llave.

Luego, súbitamente, sin previo aviso, enfocó la caja hacia el atracador. Entonces sucedió algo fantástico.

En menos de un segundo, el atracador quedó convertido en una estatua de color blanco, como si fuese de hielo. No emitió el menor sonido y se inmovilizó en la misma postura que había adoptado para intimidar a su víctima.

Rogan, a su pesar, retrocedió un paso, debido al intensísimo frío que se desprendía de aquella estatua y que formaba como un aura glacial a su alrededor y, hasta una distancia de cuatro o cinco metros. Todo en el ladrón era ahora absolutamente blanco, desde la punta de los cabellos hasta los pies, incluido el anticuado revólver con el que había pretendido intimidar a Rogan.

La estatua permaneció así unos momentos. De pronto llegó una racha de viento y la tiró al suelo.

Sucedió algo horripilante. La estatua se fragmentó en infinidad de trozos, produciendo una serie de ruidos casi musicales. Las pupilas de Rogan se habían habituado ya a la penumbra y pudieron ver aquellos millares de fragmentos de hielo, esparcidos por el suelo.

Pero la cosa no había terminado todavía. Cada trozo de hielo, que había sido primitivamente parte del cuerpo de una persona, con su indumentaria y el arma, se dividió en otros fragmentos más pequeños y éstos, a su vez, se subdividieron en otros todavía menores.

El fenómeno se prolongó unos minutos, hasta que sólo quedó en el suelo una ligera capa de polvillo completamente blanco, con los contornos vagamente parecidos a los de una persona caída en tierra. Entonces vino otro soplo de brisa, algo más fuerte, y arrastró aquel polvillo, hasta hacerlo desaparecer sin que quedase la menor traza.

Rogan se hallaba estupefacto y aterrado a un tiempo, ya no había ningún rastro del ladrón.

Era como si jamás hubiera existido. Al cabo de unos minutos, lleno de aprensiones, reanudó su camino.

Haría el negocio, se propuso, recibiría el dinero y se largaría donde jamás pudieran encontrarlo. El profesor Qiphax, se dijo, había inventado algo aterrador.

—Pero, a fin de cuentas, ¿no era eso lo que buscaba con sus malditos experimentos?

Encogiéndose de hombros, tranquilizó su conciencia. Lo que sucediese a partir del momento en que se realizase el trueque del aparato por la suma convenida, no era cuenta suya.

* * *

Llamaron a la puerta, Duss Danroy se disponía a meterse en el baño que le había preparado su robot sirviente, y no pudo contener un gesto de enojo, acompañada de una maldición dirigida a los antepasados del inoportuno que osaba molestarle a una hora relativamente intempestiva.

El robot se presentó en la puerta del baño.

—Señor, Marla de Marven desea verte —informó.

—No conozco a esa dama —dijo Danroy.

—Tengo muy poca cosa registrada en mis bancos de memoria: rica, seis divorcios, caprichosa, setenta y ocho años... y extravagante.

Danroy lanzó un suspiro.

—Bien, vamos a ver a esa venerable ancianita. Procuraré echarla

de aquí cuanto antes y de la mejor manera posible —manifestó.

—¿Sirvo algo de beber, señor? —consultó el robot.

—No, de lo contrario, la entrevista, podría prolongarse innecesariamente y quiero acabar cuanto antes.

—Bien, señor.

Anudándose el cordón de la bata, Danroy llegó a la sala y se detuvo al ver a su visitante. Marla de Marven sonrió al apreciar la expresión de sorpresa del dueño de la casa.

—Apostaría algo a que esperaba ver a una anciana de pelo blanco, vestida de negro, con encajes en el cuello y puños, y apoyada en un bastón con empuñadura de marfil —dijo.

—Pues... la verdad, señora...

—Nunca oculto mi edad —declaró Marla orgullosamente—. Tengo setenta y ocho, en efecto, pero, como usted sabe, en esta época, ciertos aspectos de la medicina y la química han avanzado prodigiosamente. A los ciento veinte años, una persona es todavía joven y sólo entra en la madurez a los ciento cincuenta, cifra para la que todavía me faltan casi otros tantos años de los que cuento en la actualidad. Y yo lo compruebo todos los días en el espejo, señor Danroy.

El hombre procuró rehacerse de la sorpresa recibida. Sí, Marla de Marven era una mujer muy hermosa, rebosante de atractivos y con un cuerpo que habría dado envidia a una adolescente. La tersura de la piel de su rostro era natural y no se debía al bisturí de un cirujano especializado en belleza femenina.

—Bien, señora —dijo al cabo—, celebro infinito todas las noticias que me da usted sobre su estado físico y la felicito muy sinceramente. Y ahora, ¿puede decirme qué desea de mí?

Marla entornó los ojos. Durante unos segundos, contempló al hombre que tenía frente a sí, tal vez no muy alto, pero tremendamente robusto y de rostro casi feo, aunque muy atractivo. Danroy tenía el pelo castaño, espeso, revuelto y sus ojos parecían sendos pedacitos de hielo.

—Terriblemente viril —musitó Marla.

—¿Decía, señora...?

Ella sacó el pecho.

—Señor Danroy, tengo entendido que usted vende de todo.

—As es, señora. Poseo la licencia legal...

—Sí, ya me he informado de ello.

—Pero en estos momentos, me dispongo a descansar. ¿Por qué no viene mañana y hablamos de sus problemas, señora de Marven?

—No, ha de ser ahora. Usted afirma vender de todo.

—De todo lo que se pueda comprar con dinero, naturalmente.

—Muy bien, en tal caso, le compro a usted.

Danroy respingó.

—¡Señora, yo no vendo seres humanos y mucho menos me vendo a mí mismo! —protestó a voz de cuello.

—Usted no podrá vender a otra persona, a menos que ella preste su consentimiento, pero la palabra «todo» incluye cualquier cosa, viva o inerte, que se pueda vender. Por tanto, le compro a usted.

—No estoy en venta, señora. ¿Cómo quiere que se lo diga? —exclamó el joven malhumoradamente, preguntándose si no se hallaba en presencia de una chiflada.

—No estoy loca, si es eso lo que está pensando —manifestó Marla—. Yo quiero comprarle a usted. Fije el precio que desee y lo pagaré sin rechistar. Soy inmensamente rica, por si no lo sabía.

—Pero eso no le da derecho a...

—Le propongo un trato: véndase por un año o, si le parece, seis meses tan sólo. Al terminar ese plazo, si lo desea, puede hacer la venta definitiva o volver a su libertad.

—Pero, señora, ¿por qué diablos quiere comprarme?

Marla sonrió de un modo especial.

—Me he encaprichado de usted y suelo realizar todos mis caprichos —respondió.

—¿Es que soy el único hombre sobre la tierra?

—Sí.

Por un instante, Danroy maldijo la profesión que había adoptado, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo para no expresarlo en voz alta. Iba a contestar, cuando Marla levantó una mano.

—No tengo tanta prisa como usted pudiera creer —dijo. Abrió su bolso, sacó una tarjeta de visita y la puso encima de una mesa—. Hablaremos de la operación en otro momento. Por ahora, mi oferta por usted y por seis meses, está en un millón mensual. Piénselo bien, le conviene.

Marla se marchó. Estupefacto, Danroy vio que la tarjeta de visita era de oro puro, con las iniciales de la mujer en diminutos diamantes.

—¡Qué tía! —se escandalizó—. Debe de sobrarle el dinero por todos los poros de su cuerpo...

La verdad era que estaba muy apetitosa, pero pensó que tenía casi ochenta años y estimó, era una barrera de medio siglo que no se resolvería a salvar jamás.

—Vaya descaro —rezongó, mientras se sumergía en la bañera—. Pretender comprarme, como si hubiésemos vuelto a la época de la esclavitud...

Poco más tarde, llegó la visita que aguardaba.

Era una rubia espectacular, alta, exuberante. Danroy se disponía a abrazarla, cuando de pronto, se sintió acometido por una horrible sospecha y se separó de ella.

—Encanto, quiero que me digas una cosa. ¿Cuántos años tienes?

La rubia se ofendió.

—Danroy, eso no se le pregunta jamás a una dama —contestó.

—Yo sí lo pregunto —insirió él—. Vamos, dime los años que tienes y no se hable más del asunto.

—Bueno, si tanto te interesa... Tengo veinticuatro años...

Danroy la miró de arriba abajo.

—A ver, enséñame tu documentación.

—Pero bueno —se irritó la rubia—, ¿es que vas a pedirle la documentación personal a toda fulana que venga por aquí a acostarse contigo?

La visita de la señora de Marven había puesto al joven de muy mal humor, aumentado por la mentira de la rubia, que se quitaba descaradamente seis o siete años. Agarrándola de un brazo, la condujo hasta la puerta.

—Anda, guapa, vete a tu casa; esta noche no tengo humor para diversiones —dijo.

La rubia se volvió, muy enfadada, y le asestó una terrible bofetada. Danroy se llevó la mano a la mejilla.

—Maldigo el día en que te conocí…

De pronto, se calló. Había otra mujer en el umbral y parecía muy divertida ante la escena que acababa de producirse. La rubia se marchó, vomitando maldiciones de grueso calibre, y Danroy se quedó solo ante la otra mujer, cuyo rostro le resultaba completamente desconocido.

—Señora, ya no recibo —dijo hoscamente.

—Le pido solamente diez minutos de su tiempo —manifestó la visitante. Danroy vaciló un segundo y luego se echó a un lado.

—Entre —accedió secamente.

CAPÍTULO II

La visita de Marla Marven había puesto a Danroy de un pésimo humor, acrecentado por su corta pero borrascosa entrevista con la rubia a quien pensaba tener de huésped durante el resto de la noche. Habíase sentido tentado de arrojar a patadas a la tercera visitante de la jornada, pero logró refrenar sus ímpetus y se apartó a un lado para dejarla entrar.

Ella era muy alta, de cabello intensamente negro, partido en dos mitades y reunido en un gran moño, sujeto por una ancha cinta de brillantes que el ojo clínico de Danroy le hizo saber eran auténticos. Las pupilas de los ojos, grandes, rasgados, levemente oblicuos, eran verdes y la tez de su rostro parecía porcelana de la mejor calidad.

Cubría su cuerpo con una larga capa de color azul oscuro, que le llegaba del cuello hasta los pies. Una vez en el interior de la casa, se la quitó y entonces Danroy, estupefacto, vio algo que le dejó sin respiración.

La joven llevaba un extraño traje que comenzaba en la cintura, como dos tablas de tela, delante y detrás, y que dejaban libre los costados, por lo que se le veían las piernas en toda su longitud. En torno al cuello llevaba una cinta negra, que bajaba verticalmente hasta la cintura, por la parte delantera. El pecho quedaba completamente al descubierto.

—¿De qué se asombra? —preguntó ella—. En Zphtor V, que es de donde procedo, la mujer no se cubre el pecho hasta que se casa.

Danroy carraspeó.

—De modo que es zphtoriana… —dijo.

—Sí, mi nombre es Kheena y no añado el CIS porque es una serie de cifras y letras bastante larga. El CIS sustituye en Zphor al apellido, de modo que puede llamarme sencillamente por mi nombre. Ah, por si no lo sabía, esas tres iniciales significan Código de Identificación Sistemática.

—Bueno, bueno… Me conformo con saber que se llama Kheena… Oiga, debería cubrirse…

—No. Sigo las costumbres de mi planeta. Usted siga las del suyo y yo no le haré el menor reproche, aunque me diga que le agrada

permanecer desnudo en el interior de su casa.

—Mejor será que siga vestido —dijo él con soma—. ¿Quiere algo de beber, Kheena?

—¿Jerez?

—Claro. Aunque sintético, no se diferencia del original... El original cuesta un ojo de la cara...

—Lo cual significa que es usted un tacaño. Con el dinero que gana y tiene que beber infectos «ersatz»... ¿No le da vergüenza?

—Pero, bueno, señora, ¿A qué ha venido usted? ¿A proponerme algún trato o a insultarme?

Kheena sonrió ligeramente.

—Está bien, le presento mis excusas. Yo también estoy un poco nerviosa... Venga ese «ersatz» de jerez.

—¡Tripp! —llamó el joven. Se volvió hacia ella—. Es mi robot sirviente —aclaró.

El robot se presentó a los pocos instantes con una bandeja en las manos.

—Mis circuitos auditivos captaron la petición de la humana —dijo.

—Gracias, Tripp. Puedes retirarte; yo serviré a la señora.

El robot hizo una leve inclinación de cabeza, dio media vuelta y se marchó. Danroy llenó las copas y entregó una a la hermosa visitante, mientras evitaba mirar sus hermosos senos, que ella mostraba con toda naturalidad.

—¿Y bien, Kheena? ¿De qué se trata? —preguntó.

—En la puerta de su casa hay un rótulo que dice: D. DANROY. SE VENDE TODO —dijo ella.

—Cierto. Vendo todo lo que se pueda comprar, siempre que haya el dinero suficiente para pagar y, naturalmente, contando con la anuencia del propietario de la cosa que se desea adquirir. En realidad soy más bien un intermediario...

—Que se gana unas altísimas comisiones por las operaciones que realiza.

—Kheena, sospecho que usted me ha hecho investigar a fondo —sonrió Danroy.

—No es usted el único en su oficio, pero llegué a la conclusión de que sí es uno de los mejores. Por eso estoy aquí.

Ella cruzó las piernas descuidadamente. Danroy tragó saliva.

«Vaya unas costumbres de Zphtor», murmuró para á.

Elevó la voz:

—¿Qué desea comprar? —inquirió.

—¿Ha oído hablar del profesor Qiphax?

—No, en absoluto. ¿Quién es ese individuo?

—Un científico algo extravagante, pero de gran capacidad en todos los sentidos. Ha descubierto algo muy interesante para nosotros, los zphtorianos, y deseo que usted compre la patente de su invento.

—Si lo que usted dice es cierto, ¿por qué no hace usted la compra directamente?

—¿Acaso no conoce usted las leyes terrestres? Un extranjero no puede comprar ciertas cosas, a menos que intervenga un nativo en la operación. Una persona autorizada legalmente para comprar y vender cosas que se deban exportar y que no sean de uso o consumo ordinario. Yo podría comprar toneladas de alimentos y aparatos electrodomésticos, pero no podría adquirir las patentes de envasado o de fabricación siquiera de simples molinillos de café, a menos que un intermediario autorizado intervenga en el trato, como una especie de notario. Lo comprende, supongo.

—Es la ley, en efecto —admitió Danroy—. Pero se la reclama en muy contadas ocasiones…

—Esta ocasión merece la pena —respondió Kheena.

—Muy bien. Ahora, dígame, ¿qué ha inventado el profesor…, cómo dijo que se llama?

—Qiphax. Quiero comprar la patente de su máquina para hacer frío.

Danroy oyó aquellas palabras y se quedó mirando a su bella visitante como si viese visiones.

—Usted... ¿quiere comprar algo tan vulgar como la patente de un frigorífico? —exclamó—. Pero si eso se ha vendido ya montones de veces...

—Yo no he hablado de un frigorífico, sino de una máquina de hacer frío. Es un aparato que puede conseguir, prácticamente en el acto, temperaturas similares al del cero absoluto, esto es, doscientos setenta y tres grados bajo cero o, si lo prefiere, grados negativos.

Danroy volvió a quedarse con la boca abierta.

—Una máquina... que hace..., que fabrica el frío del espacio...

—Instantáneamente.

—Bueno, y eso, ¿sirve para algo?

Kheena sonrió enigmáticamente.

—Comprenderá que no voy a explicárselo —respondió—. Mi planeta desea la patente y estamos dispuestos a pagar cualquier cifra que nos pidan. Usted suele cobrar una comisión que oscila entre el cinco y el veinticinco por ciento, ¿verdad?

—Depende, señora.

—¿De qué?

—De la valía de la cosa, de las dificultades de la operación, de los gastos que deba realizar... No tengo una tarifa fija, salvo la comprendida entre las dos cifras mencionadas. El comprador ha de estar dispuesto a pagar el veinticinco por ciento de comisión, si yo se lo exijo, aunque, eso sí, presentándole la documentación pertinente.

—A Zphtor V no la importaría pagar el veinticinco por ciento de doscientos millones.

Danroy se quedó sin aliento.

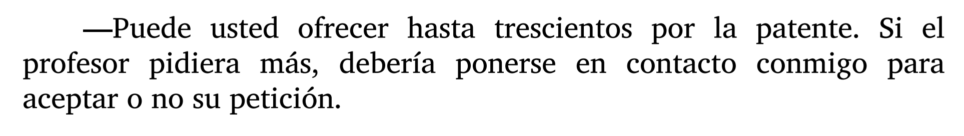
—No hablará en serio, señora.

Kheena había traído consigo un pequeño bolso, del que extrajo una pequeña tarjeta metalizada con los bordes de oro.

—El saldo de mi cuenta en el *First Star Bank* —dijo.

El joven tragó saliva.

—Mil ochocientos millones...



—Puede usted ofrecer hasta trescientos por la patente. Si el profesor pidiera más, debería ponerse en contacto conmigo para aceptar o no su petición.

—E… está bien… Doscientos millones…

—Cincuenta para usted —dijo ella.

—Por una máquina que produce frío instantáneamente…

—Así es.

—Y no quiere decirme para qué desean esa patente…

Kheena sonrió.

—Para hacer frío, naturalmente.

—Claro, no la van a emplear en calefacción —rezongó él—. Bueno, mañana mismo iniciaré las gestiones…

—El laboratorio del profesor Qiphax está al final de la Segunda Avenida, en el número tres mil doscientos diez —indicó Kheena—. Yo me hospedo en el *Golden River*, habitación trecientos cinco.

Ella recogió la capa y volvió a ponérsela.

—Saldré de compras y estaré fuera todo el día. Llámeme a la hora de la cena.

—Sí, señora.

Instantes después, Danroy se quedaba solo.

—¿He soñado? —se preguntó.

Primero había sido Marla de Marven; después, la rubia… Luego aparecía aquella hermosa zphtoriana, ofreciéndole una auténtica fortuna…

—¿Ha sido hoy mi día de suerte o mi día negro? —murmuró.

Al día siguiente, se propuso, iría a visitar al profesor Qiphax y trataría de comprarle la máquina que producía en el acto el frío del vacío sideral. No sabía para qué querían la patente, pero tampoco le importaba demasiado.

De pronto, llamaron a la puerta. Abrió y se encontró frente a la rubia.

Ella parecía un tanto afligida.

—Antes te mentí —dijo—. Tengo... —enseñó la tarjeta—, treinta y un años...

Danroy sonrió y tiró de ella hacia adentro.

—Me diste una bofetada y tengo que desquitarme —contestó.

—Estás en tu derecho —suspiró ella resignadamente.

Pero la mano de Danroy no fue a parar a la mejilla de la rubia, sino a su opulento trasero. Ella lanzó una risita de complacencia.

—Ya conoces el camino, encanto —dijo él.

—Sí, querido.

Danroy echó a andar detrás de la rubia. Mentalmente envió al diablo a Kheena, a sus millones, al profesor Qiphax y a la máquina de hacer frío.

En aquellos momentos, en el laboratorio del profesor Qiphax, un relé se movió y produjo contacto.

Un generador se puso en funcionamiento. A los pocos momentos, algo asomó por la boca de un tubo situado al final de una extraña máquina, ubicada en uno de los lados del laboratorio.

Aquella cosa era de color blanco y parecía un grueso cordón de hielo.

La máquina siguió funcionando y produciendo hielo.

* * *

Jirt Rogan llegó a la casa y llamó a la puerta con los nudillos. Alguien le espió a través de la mirilla antes de abrir.

Rogan franqueó el umbral momentos después. Tres hombres le contemplaban en silencio.

—¿Lo has conseguido? —preguntó uno de ellos, sentado en un cómodo butacón.

—Sí, señor.

Los otros dos le flanqueaban. Había todavía un cuarto, que era el que había abierto la puerta y permanecía guardándola, con los brazos

cruzados y la mirada continuamente fija en el visitante.

—A ver, enséñalo —ordenó el que estaba sentado.

—Lo traigo aquí y funciona —dijo Rogan—. Quiero ver su dinero, señor Cubbs.

Hanley Cubbs hizo un gesto con la mano. Uno de los individuos entró en el apartamento y volvió a poco con un maletín, que abrió, tras dejarlo encima de una mesa.

—Diez mil billetes de diez mil, tal como acordamos —dijo Cubbs.

Rogan se lamió los labios. Allí en aquel maletín, había nada menos que cien millones. Suficiente para vivir sin problemas el resto de su existencia.

Traicionaba la confianza que el profesor había depositado en él, pero no le importaba en absoluto.

«¡Al diablo con Qiphax!», pensó.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Aquí está; la batería portátil y el generador de frío.

—¿Funciona?

—Ya lo creo —rio Rogan—. Precisamente he tenido ocasión de comprobarlo en el camino. Un desaprensivo intentó robarme. Lo congelé en segundos.

—Fantástico —murmuró Cubbs—. A ver, dígame cómo se pone en marcha el aparatito.

—Sí, señor. Ah, un detalle muy importante. Es preciso recargar la batería o poner una nueva cada diez minutos de funcionamiento. El generador de frío es muy voraz, ¿comprende?

—¿Cuánto tiempo la ha hecho funcionar usted con el ladrón?

—Oh, cinco segundos, como máximo...

—Tenemos nueve y cincuenta y cinco de reserva —dijo Cubbs—. Bueno, vayamos al grano.

Rogan se descolgó la bolsa, con los ojos fijos en el maletín repleto de billetes de banco. Cubbs se puso en pie y agarró la correa de la bolsa.

Las explicaciones duraron muy poco tiempo. El funcionamiento del aparato era harto sencillo.

—Estupendo —dijo Cubbs al terminar—. De modo que, cuando se quiere poner este chisme en marcha, basta con dar media vuelta al interruptor que acciona la latería y luego pulsar con el pulgar el botón rojo de la caja.

—Exacto, señor —confirmó Rogan.

Cubbs sonrió. Metió la mano izquierda en la bolsa e hizo girar el interruptor. Inmediatamente, apuntó con la caja a Rogan.

—¡Cuidado! —chilló el sujeto, a la vez que trataba de apartarse a un lado—. No juegue con ese aparato...

—No estoy jugando —dijo Cubbs con perverso acento.

Y presionó el interruptor de la caja.

Rogan ya no pudo seguir hablando. En menos de un segundo, se convirtió en una estatua completamente blanca.

Pero detrás de él estaba el vigilante de la puerta y también recibió la descarga de frío. En un brevísimo espacio de tiempo, dos hombres se transformaron en sendas estatuas de hielo.

—Rayos, jefe —exclamó uno de los sujetos—. Ha congelado también a Hickoe...

—El progreso requiere víctimas inevitablemente —contestó Cubbs con notorio cinismo.

En aquel instante las dos estatuas cayeron al suelo y se disgregaron en multitud de fragmentos, que luego continuaron dividiéndose hasta quedar sólo un polvo blanquecino que no recordaba en absoluto su origen humano.

Cubbs y sus acólitos se quedaron estupefactos, aunque el primero reaccionó más pronto que los otros dos y palmeó el aparato con gran entusiasmo.

—Chicos, esto nos va a hacer ricos en muy poco tiempo —exclamó.

Lanzó una mirada al maletín que contenía el dinero y se dispuso a reír estrepitosamente.

—Pobre idiota... Mira que tragarse la fábula de que iba a pagarle

cien millones por este artefacto... Siento de veras que haya muerto; me habría gustado ver la cara que ponía cuando viese que sólo hay billetes en la superficie y que el resto son recortes de papel...

Sus dos secuaces seguían todavía bajo la impresión que les había producido aquel insólito suceso. Cubbs desconectó la batería y movió la mano con gesto imperativo.

—Vamos, ¿a qué esperáis para barrer el suelo? —exclamó.

* * *

—He estado adquiriendo información sobre el profesor Qiphax, señor —dijo el robot a la mañana siguiente, a la vez que servía el desayuno a su dueño humano.

—¡Bravo, Tripp! —exclamó el joven—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, hice una consulta en su nombre al Banco Central de Datos Personales. Por cierto, le costará cinco mil la consulta... Ya pasarán el cargo a su cuenta bancaria.

—Me parece barato —rio Danroy satisfecho—. ¿Qué dicen de Qiphax?

—Mucho y muy elogioso en la mayor parte de los casos.

—¿Cuál es la nota desfavorable?

—Inestabilidad psíquica.

—O sea, está chiflado.

—No exactamente, señor.

—¿Entonces...?

—El profesor posee una gran capacidad de trabajo. A su modo, es un artista, y ya sabe lo que les sucede a los artistas. De pronto, sin causa aparente, se cansan de trabajar y lo abandonan todo.

—Sí, es el caso típico del científico independiente —convino Danroy—. Son capaces de descubrir la pólvora... y luego se marchan por ahí, sin rumbo fijo... ¿Edad del profesor, Tripp?

—Noventa y siete años.

—¡Rayos, debe ser un carcamal!

—Oh, no, señor; tiene toda la apariencia de un cincuentón bien conservado… del siglo XXI.

—Lo cual no es precisamente un antídoto contra la chifladura. ¿Más datos?

El robot citó una serie impresionante de títulos científicos y logros realizados por Qiphax en sus investigaciones, y terminó diciendo:

—Su último descubrimiento es la microbatería prácticamente eterna. Con un volumen de escasamente un centímetro cúbico, permite iluminar y dar servicio y calefacción a una casa normal, durante un año entero.

—Algo maravilloso, en efecto. ¿Hablan tus informes de la máquina de hacer frío?

—No, señor. En cambio, he conseguido algunos datos sobre Kheena de Zphtor V —contestó el robot.

—Estupendo… Pero ya me los dirás en otro momento —exclamó Danroy, al ver que su invitada se hacía visible—. ¿Has descansado bien, encanto?

La rubia dejó escapar una risita de complacencia.

—¿A qué llamas tú descansar, amorcito?

Danroy hizo un gesto con la mano.

—Tripp, sírvele un buen desayuno. La señora, apostaría algo bueno, tiene un hambre de lobo.

—Aún te falta decir una cosa —contestó ella—. Me siento exhausta, pero no satisfecha, Duss.

—En este mundo sólo hay dos cosas ilimitadas: el sueño eterno y el Universo —contestó él sentenciosamente.

—Sí —suspiró la rubia—, ya me lo imagino. Otro día será.

—Puedes tenerlo por seguro. No tengas prisa por marcharte; estás en tu casa —se despidió el joven.

CAPÍTULO III

Danroy detuvo su aeromóvil a poca distancia de la casa del profesor y antes de apearse del vehículo, la contempló durante unos minutos.

Era un edificio grande, de estilo ya anticuado, pero de sólida construcción y de una sola planta. Había un segundo cuerpo, que se veía inmediatamente había sido añadido posteriormente, y su aspecto era más bien extraño, porque parecía un gran cobertizo, aunque edificado de sólida mampostería y sin ningún hueco en las paredes ni tampoco en el tejado.

Debía de ser el laboratorio del profesor, supuso y, naturalmente, puesto que carecía de ventanas, la iluminación debía ser artificial. Eran detalles, se dijo, que, en el fondo, carecían de importancia.

Un tanto perplejo, a pesar de todo, se rascó la cabeza.

—Bueno, aquí parece que hay una hermosa joven que está chiflada y quiere comprar la patente de una máquina que produce frío. Cualquiera diría que no se ha enterado de que los primeros frigoríficos se construyeron ya en el siglo XIX. En fin, si es su capricho, allá ella. Con que pague, será suficiente.

De todas formas, estimaba exagerada la cifra que había mencionado Kheena. Debía haber algún extraño trasfondo, que no alcanzaba a comprender todavía. Acaso supiese la verdad algún día.

—Y si no me lo dice, tampoco perderé el sueño —acabó encogiéndose de hombros, para disponerse a salir inmediatamente.

El edificio estaba rodeado por un pequeño jardín, que ya mostraba señales de descuido. Danroy lo cruzó, llamó a la puerta y esperó.

No hubo respuesta inmediata. Cuando se disponía a llamar por segunda vez, abrió la puerta y una mujer de mediana edad apareció en el umbral.

En el mismo instante, Danroy percibió un golpe de aire terriblemente frío. La mujer, apreció, llevaba puesto un abrigo, con el cuello subido hasta las orejas.

—Si busca al profesor, pierde el tiempo —dijo ella

malhumoradamente—. Ese demente no está en casa, no sé adónde ha ido y yo no voy a permanecer un minuto más en esta maldita nevera, donde he estado a punto de quedarme congelada.

Danroy procuró rehacerse de la sorpresa recibida.

—¿Quién es usted, señora?

—La asistenta del profesor, Hettie Crann, señor. Me marcho, porque en esta casa no se puede parar de frío. No sé qué diablos debe ocurrir, acaso alguna de sus disparatadas máquinas… He cortado la corriente, a fin de parar ese condenado artefacto, pero todo ha sido inútil. Cuando venga, él ya lo arreglará, si se siente capaz. ¡Adiós!

La señora Crann se marchó, abominando del profesor y de sus inventos, sin ocuparse de cerrar la puerta. Danroy sintió que el frío procedente de la casa le penetraba hasta los huesos.

—¿Qué demonios pasa aquí? —se preguntó.

Vaciló un momento, pero acabó por entrar, notando inmediatamente que el frío era muchísimo más intenso en el interior de lo que parecía Procurando valerosamente soportar aquella bajísima temperatura, recorrió la casa, encontrando todo cubierto ya por una finísima capa de color blanco.

Algo le había salido mal al profesor, pensó de inmediato. O quizá era alguno de sus experimentos, llevado hasta las últimas consecuencias. En todo caso, se dijo, no era asunto suyo y Qiphax sabría arreglar los desperfectos de su máquina.

Momentos después, llegaba a la puerta del laboratorio, señalada con un rótulo que daba instrucciones para penetrar en él en determinadas circunstancias. Si se veía una luz roja sobre el dintel de la puerta, no se podía entrar ni siquiera llamar para dar un recado. Pero en aquellos momentos la luz roja estaba apagada y Danroy se decidió a abrir.

Tocó el pomo de la puerta y retiró la mano inmediatamente.

—¡Cielos, esto…!

Iba a decir «abrasa» pero la palabra resultaba incorrecta. La súbita sensación de frío podía parecer una quemadura, y aquel picaporte estaba sometido a una temperatura increíblemente baja.

Se sopló los dedos instintivamente, felicitándose de haber actuado con precaución.

—Podía haberme dejado la piel pegada al metal —masculló.

Hurgó en sus bolsillos y encontró un pañuelo, con el que pudo hacer girar al pomo. Abrió la puerta y un increíble espectáculo se ofreció a sus ojos.

El interior del laboratorio era una masa de hielo blanquecino, translúcido en algunos puntos, que ocupaba todo el interior de la enorme estancia, desde el suelo hasta el techo y de pared a pared. La masa de hielo estaba ya solamente a un par de metros de la puerta y despedía un frío verdaderamente horrible.

Durante unos segundos, Danroy se quedó con la boca abierta, dudando de la integridad de sus sentidos. Luego, el mismo frío le hizo reaccionar y, dando media vuelta, echó a correr hacia la salida.

—Esto es un infierno... de hielo... —masculló.

Cruzó el resto de las habitaciones, ganó la puerta y salió al exterior. El cambio de temperatura le hizo parecer que llegaba a un país tropical, pese a que no había más de una docena de grados en el ambiente.

Cerró la puerta. Qiphax no estaba y no había ningún rastro de él. Ni siquiera su asistenta sabía dónde había podido ir.

«Sólo me queda una solución», se dijo.

A la hora de la cena, entraba en el Golden River y pidió en recepción que le anunciasen a Kheena de Zphtor.

El recepcionista usó el teléfono. Luego se volvió hacia el joven.

—La señora Kheena de Zphtor le recibirá inmediatamente, pero dice que sólo puede atenderle durante cinco minutos —informó.

—Puede que sobren cuatro. O cuatro y medio —gruñó Danroy.

* * *

Kheena estaba ante el enorme espejo de su habitación, dándose los últimos toques al peinado. La indumentaria que llevaba puesta era idéntica a la que Danroy habla visto ya una vez, sólo que en esta ocasión era tejido de oro puro. Salvo la tira vertical central, unida al cuello por otra circular, el bello torso de la joven quedaba igualmente al descubierto. Ella no se molestó en volverse cuando entró su visitante.

—Trae buenas noticias, supongo —dijo.

—Supone mal, señora —contestó Danroy.

—¿No ha conseguido nada?

—El profesor Qiphax se encuentra en paradero desconocido. Esta es la primera mala noticia.

—Usted es un hábil investigador…

—Perdón, soy vendedor.

—Perdón —remedó ella—. Muchas veces, para vender una cosa, tiene que investigar. Busque al profesor. No me importan los gastos, pero quiero su máquina, me entiende.

—Señora…

—Puede llamarme Kheena, simplemente. En Zphtor no usamos ceremonias.

—Está bien, Kheena. Voy a decirle una cosa: yo no soy mi robot

Ella soltó una risita burlona.

—Eso tengo entendido —contestó irónicamente—. Antes de ir a verle a usted, hice algunas discretas investigaciones y supe que es un entusiasta de los encantos del sexo opuesto.

—Pero no un obseso —respondió él de mal humor—. Y, como dije antes, no soy mi robot

—¿A qué viene esa innecesaria aclaración, Duss?

—Usted ha dicho hace unos instantes algo que no me ha gustado en absoluto. Busque al profesor como sea, no me importan los gastos, quiero la máquina… Lo siento, pero ni por todo el dinero que esta operación puede reportarme estoy dispuesto a aceptar un autoritarismo propio de un megalómano.

Kheena se volvió repentinamente, con ojos llameantes de furia.

—¿Me está llamando loca? —gritó.

—Voy a decirle una cosa: puede que en Zphtor sea usted un personaje importante, pero eso para mí no significa nada. Es sólo un cliente y ya ha dejado de serlo. ¡Buenas noches!

Danroy dio media vuelta y salió de la habitación antes de que la


estupefacta joven tuviera tiempo de reaccionar.

CAPÍTULO IV

Estaba cenando en un modesto restaurante, cuando, de pronto, notó que alguien se detenía ante su mesa. Al levantar la vista comprobó, estupefacto, que era Kheena.

—Siento lo que le dije antes —manifestó la joven contritamente —. Le presento mis excusas, Duss. ¿Puedo sentarme?

Danroy hizo un ademán. Un camarero trajo rápidamente una silla.

—La carta para la señora —ordenó Danroy.

—Al momento, señor. Kheena llevaba ahora una lujosa capa de pieles, que le llegaba hasta las rodillas. Otro camarero la retiró y ella apoyó los codos sobre la mesa, para mirar fijamente al joven.

—Soy muy orgullosa, lo reconozco —sonrió—. A veces, me disparo y digo cosas de las que luego me arrepiento.

—Tiene aspecto de niña malcriada, tal vez hija única de un personaje de alto rango y de gran fortuna, ¿Me equivoco?

—Acierta, en gran parte —admitió ella.

Trajeron la carta y Kheena se enfrascó unos momentos en su lectura. Ordenó la cena y aceptó la copa que le tendía Danroy.

—¿Cómo ha sabido encontrarme? —preguntó él—. Usted ignoraba que suelo acudir aquí...

—Cuando se marchó usted, pedí al director del hotel que uno de sus detectives le siguiera, para saber adónde iba. En cuanto le vieron entrar aquí, me dieron el recado y...

—No siga, tengo más que suficiente. Y ahora, ¿qué le parece si nos aplicamos a cenar? Este local parece modesto, pero tiene un cocinero digno de Lúculo.

—Debe de ser algún gran personaje de la Tierra, supongo.

Danroy ocultó una sonrisa.

—Vivió hace unos dos mil y pico de años —contestó.

Treinta minutos más tarde, Kheena confesó que nunca había

cenado tan a gusto.

—Al menos, se puede decir de usted que no es una remilgada en la mesa. No quisiera ofenderla, pero ha comido por dos.

—Cuando tengo apetito, me pierdo —rio ella.

—¿Y su línea?

Kheena irguió el torso.

—Perfecta, creo —dijo.

—Algún día, quizá...

—No se preocupe por mi silueta. Además, un día no hace daño.

—Como quiera. ¿Hablamos ya de nuestro asunto particular? Porque, supongo, usted no ha venido aquí solamente para saborear una cena. ¿Qué pasa con la máquina frigorífica del profesor Qiphax?

—Quiero comprar la patente, ya le dije; y anticipándome a una posible pregunta por su parte, añadiré que los motivos no le interesan. Por favor, no lo tome a mal, Duss. No puedo decir más sobre el particular.

Danroy estudió por unos instantes el hermoso rostro de su interlocutora.

—Diríase que se trata de un secreto de Estado —manifestó.

Kheena hizo un gesto ambiguo.

—No digo que sí ni que no —sonrió.

—Hay cosas que no comprendo. —Danroy meneó la cabeza—. Comprar la patente de una máquina que produce frío...

De pronto frunció el ceño.

—Debe de ser algo excepcional —agregó—. El profesor no está en su casa... aunque tal vez pudiera haber regresado ya. ¿Qué le parecería si intentásemos hablar con él esta misma noche?

—Acepto encantada —respondió ella.

Danroy llamó al jefe de camareros.

—Envía la nota a mi cuenta corriente, ya sabes cuál es, Charles —dijo.

—Descuide, señor Danroy.

El joven sacó un billete y lo puso en las manos del jefe. Luego se levantó.

Un camarero trajo la capa de Kheena.

—Vamos en mi aeromóvil —propuso ella.

—No hay inconveniente, pero permitirá que programe el mío para que regrese solo a casa.

—Desde luego.

Cuando Danroy entró en el aeromóvil de la joven, creyó hallarse en el salón de algún sultán oriental de épocas pasadas. No había asientos individuales, sino dos enormes divanes, forrados de una extraña piel que jamás había visto. Las cortinas de las ventanas tenían orlas de oro y los mandos del panel de instrumentos estaban asimismo decorados en oro.

Los pies se hundían en el suelo espesamente alfombrado. Entre los dos asientos había espacio sobrado para una mesa, en la que se hubiera podido servir un lujoso banquete a cuatro personas, sin el menor agobio de espacio. El aparato disponía asimismo de un departamento de aseo, con bañera incluida.

—A veces, tengo que hacer largos viajes —explicó ella. Entonces, como usted, programo la ruta del aparato y puedo dedicarme al descanso o...

Kheena se interrumpió súbitamente y sonrió.

—Lo siento, no puedo decir más —añadió.

—No le preguntaré otros detalles de su vida privada.

—Gracias. Aunque sí puedo decirle que es una vida pública.

Danroy arqueó las cejas.

—Eso suena muy mal —observó.

—No sea mal pensado, hombre.

—¿Política?

—¿No le he dicho que no puedo seguir hablando?

De pronto, Danroy se acordó que tenía un amigo en el Ministerio

de Negocios Extraterrestres. «Hablaré con él en cuanto pueda», pensó. Su amigo sabía muchas cosas de personajes de alto rango. Algo le diría sobre Kheena.

—Retiro cualquier pregunta sobre su vida pública —dijo.

—Pero le permito que pregunte sobre mi vida privada —rio ella.

El aparato se había puesto en movimiento.

—Es soltera —manifestó él—. Su indumentaria lo demuestra. Pero ¿tiene novio?

—Sólo pretendientes.

—En número incalculable, supongo.

—No lo crea, Duss.

—¿Es que los hombres de Zphtor no tienen ojos en la cara?

—Sí, pero...

Kheena se mordió los labios.

—Dejemos esto, por favor —añadió súbitamente seria.

Danroy presintió que había alguna pena oculta en la joven y no quiso insistir. Decidió alegrarle el ánimo con algo que la hiciese sonreír.

—Kheena, ¿conoce usted el chiste del astronauta que llegó a un planeta habitado exclusivamente por mujeres?

—No. ¿Qué pasó? Aunque ya me imagino que ellas se arrojarían sobre él como fieras...

—Sufrieron una horrible decepción.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Era «gay».

Kheena lanzó una espontánea carcajada.

—Pobres chicas —dijo.

* * *

El aeromóvil se detuvo a poca distancia de la casa. Danroy dio un

consejo a la joven.

—Abríguese bien, Kheena.

Ella se puso la capa. Apenas habían salido, notó la baja temperatura ambiental.

—¡Duss! ¿Qué pasa aquí? —exclamó.

—Un poco de paciencia, por favor. Sígame, se lo ruego.

Danroy echó a andar. Llegó a la puerta de la casa y abrió sin más preámbulos.

Un chorro de aire glacial brotó instantáneamente de la abertura. Kheena, sin poder contenerse dio un paso atrás.

—Hace un frío horrible —exclamó.

—¿Verdad que sí? Pues aguarde, que aún no lo ha visto todo.

Danroy cruzó el umbral y buscó el camino del laboratorio. Cuando asomaban a la habitación inmediatamente anterior, vieron a un hombre forcejeando con la puerta.

El sujeto no se había dado cuenta de su presencia. Lanzando una maldición, agarró el pomo y tiró con fuerza.

En el mismo instante, emitió un horripilante alarido.

Danroy se detuvo como clavado en el suelo. El sujeto, evidentemente un amigo de lo ajeno, se miraba la mano derecha con incredulidad.

Estaba completamente blanca, como si fuese de hielo puro.

Los dedos se fragmentaron y cayeron al suelo con sonido cristalino. El resto de la mano siguió el mismo camino, de modo que, en menos de cinco segundos, quedó solamente con el muñón, a la altura de la muñeca.

El sujeto pareció volverse loco y empezó a lanzar estridentes alaridos. De súbito, dio media vuelta y echó a correr.

Iba ciego, enloquecido de pavor por algo que no comprendía y que le había dejado sin mano en unos instantes. Danroy agarró a la joven por la cintura y la hizo apartarse del sujeto, que parecía haber perdido la razón, junto con la mano derecha.

El frío era horripilante.

—¡Cielos! —exclamó Kheena, estupefacta—. ¿Qué ha ocurrido aquí, Duss?

—No lo sé, pero lo veremos ahora…

Danroy tenía la vista fija en el suelo, en donde la mano del ladrón se descomponía rápidamente en multitud de fragmentos, cada vez más pequeños. Al cabo de unos segundos, sólo quedaba en el suelo un poco de polvillo blanco, más fino que harina.

—Es… increíble… —dijo ella, aturdida y desconcertada.

Bruscamente, se oyó un espantoso crujido.

La puerta del laboratorio se abombó primero y luego saltó en astillas, bajo la irresistible presión del hielo que había al otro lado. Danroy empezó a pensar en la conveniencia de una prudente retirada.

Otro crujido más fuerte que el anterior, se oyó en otra parte de la casa.

—Kheena, vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde —gritó.

Ella no se hizo de rogar. Danroy asió su mano y juntos corrieron hacia la salida, mientras que a su espalda se escuchaban unos sonidos terroríficos que ponían los pelos de punta.

En pocos instantes, ganaron la salida. Situados a prudente distancia, contemplaron un espectáculo increíble.

Las recias paredes de mampostería del laboratorio cedieron con terrible fragor. La masa blanca de hielo que había en el interior se hizo visible.

El techo se desplomó y lo mismo sucedió con el resto de la casa. Danroy se sentía anonadado.

En pocos momentos, la temperatura se hizo realmente insoportable. Danroy calculó que estaban, por lo menos, a veinte bajo cero.

Entonces, de súbito, se hizo la luz en su mente y comprendió lo que estaba ocurriendo.

—Kheena, la máquina está fabricando hielo y no se la puede detener —exclamó.

CAPÍTULO V

Hiram Vardo era el amigo que Danroy tenía en el Ministerio y fue a verle al día siguiente. Tuvo que aguardar un rato, porque Vardo tenía una visita muy importante, pero no le importó la espera porque sospechaba que la entrevista iba a resultar muy fructífera.

Treinta minutos más tarde, entró en el despacho de Vardo, quien le acogió con gran afecto. Después de tomar sendas tazas de café y recordar viejos tiempos de estudiantes, Danroy decidió entrar en materia.

—Hiram, tú ya sabes cuál es mi profesión —dijo—. Vendo de todo y, en el momento actual, tengo una cliente que quiere que le compre la patente de un determinado aparato.

—¿Es guapa, Duss? —sonrió Vardo.

—No te puedes dar una idea, pero no me interesa en el sentido que piensas, sino como cliente.

—Si has venido a mí, es porque ella no es terrestre.

—Exacto. Su nombre es Kheena de Zphtor V.

El rostro de Vardo mostró preocupación instantáneamente.

—Esa zorra…

Danroy dio un salto en su silla.

—¡Hiram!

—Lo dije metafóricamente —contestó el funcionario—. No es una prostituta, claro, pero su madre…

—¿Por qué no te explicas de una vez?

—Está bien, lo soltaré. Ella es primera secretaria del ministro de Defensa de Zphtor V. Está aquí con una misión especial, comprar armas, supongo.

—¿Armas? ¡Pero si ella sólo quiere comprar una máquina que produce frío! —exclamó Danroy atónito.

—Quizá es sólo una tapadera para otras actividades nada agradables. Naturalmente, me refiero a actividades que puedan tener

relación con nosotros.

—Es absurdo pensar que ella quiere comprar armas...

—Duss, Zphtor V y Orrigh III mantienen unas relaciones muy tensas. Nuestros informes señalan que el menor incidente entre ambos planetas puede ser origen de un *casus belli*. Lo entiendes ¿Lo entiendes ahora?

Danroy se dio una bofetada en la mejilla.

—Una guerra interplanetaria —exclamó.

—Así como suena. Nosotros mantenemos buenas relaciones con ambos gobiernos, y nos resultaría particularmente incómodo que Kheena se sirviese de las circunstancias, para provocar un incidente diplomático con Orrigh III.

—Si puedo hacer algo...

—Sí. Cuando la veas, dile, extraoficialmente, claro, que no lo intente siquiera, porque no le vamos a vender ni un tirachinas. ¿Entendido?

—Se lo diré, pero recuerda que ella sólo quiere comprar una máquina que hace frío. Mejor dicho, la patente, aunque eso tiene poca importancia.

—Será para conservar el rancho de los soldados zphtorianos —dijo Vardo irónicamente.

—No sé para qué es, pero esa máquina no me parece un arma de guerra. En fin, cuando la vea, procuraré sonsacarla, aunque hasta ahora se ha mostrado muy reticente en lo que concierne a su vida pública. En cambio...

Vardo miró con interés a su amigo.

—¿Ocurre algo más, Duss? —preguntó.

—Verás, ella dijo más o menos, que... Bueno, se trata de sus posibles pretendientes. No tiene tantos como debiera suponerse, ya que es muy guapa.

—Conozco la causa, Duss—manifestó Vardo.

—¿De veras?

—Aquí tenemos fotografías suyas. ¿Has visto alguna vez a un

zphtoriano?

—Hombre, la he visto a ella...

—Yo me refiero a gente común y corriente.

—No, Kheena es el primer zphtoriano que conozco. En realidad, apenas sé nada de ese planeta...

—La inmensa mayoría de los zphtorianos son de piel amarilla. Kheena es blanca.

—Creo comprender...

—Son muy racistas y no les agradan las personas que, por una u otra causa, resultan distintas al común de la gente. Sobre todo, si ocupan un puesto elevado, como es el caso de Kheena.

—Es decir, a los zphtorianos les resulta insoportable que ella sea la primera secretaria de su ministro de Defensa.

—Con derecho a sucesión, Duss.

Danroy silbó.

—Es decir, cuando cese el actual ministro, ella ocupará su puesto.

—Exactamente. Y la costumbre es que, en Zphtor V, cuando el ministro de Defensa cesa es para ocupar la presidencia del planeta.

—Silbaré otra vez —dijo el joven—. Mira por dónde, un día Kheena puede llegar a ser jefe de Estado planetario...

—Si el color de su piel no lo impide.

—Pues a mí me gusta muchísimo —rio Danroy, a la vez que se ponía en pie—. Hiram, gracias por todo. Si Kheena intenta comprar aunque sea un tirachinas, te lo comunicaré inmediatamente.

Consultó su reloj.

—Y ahora, me voy a mi banco —añadió—. Hace unos días, alguien me pagó con un cheque sin fondos y tengo que hacer ciertas gestiones inaplazables.

—Hasta que quieras, Duss —te despidió Vardo.

* * *

Había muy poca gente en el banco a aquella hora y Danroy se

felicitó de ello, porque así despacharía antes. En cuanto terminase, se iría a ver cómo seguía el extraño fenómeno de la incesante producción de hielo, de la que ya se había dicho algo en los noticiarios, y luego trataría de hablar con Kheena poniendo las cartas boca arriba.

Apenas había cruzado la puerta del banco, maldijo su inoportunidad. Una hermosa mujer acababa de pasar por caja y se disponía a abandonar el lugar.

Danroy trató de evitar el encuentro, pero ella le vio y exhaló un gritito de alegría.

—¡Duss, qué contenta me siento de verte de nuevo! —exclamó Marla de Marven.

El joven carraspeó.

—Señora...

Los ojos de Marla despedían fuego.

—Quiero que te vendas —dijo.

—Pero, señora...

—¿Es que vas a seguir tratándome como a una venerable ancianita? —preguntó ella mimosamente.

«Dios mío, tiene setenta y ocho años y se comporta como una adolescente», pensó Danroy, aterrado.

—Bueno, verá usted...

Ella puso una mano en el brazo de Danroy.

—Marla, y de tú —indicó.

—Está bien, Marla. Yo... me gustaría venderme a mí mismo... y si quieres cerramos la operación ahora mismo..., pero creo que comprarías algo perfectamente inútil.

—¿Inútil? Pero si eres el tipo más viril que he visto, en los días de mi vida.

—Ah, ahí le duele precisamente —dijo Danroy con fingida tristeza—. Estoy en tratamiento.

—¿Cómo?

—Bueno... sólo soy hombre por la apariencia... Pero hace algunos

años sufrí un grave accidente y... Claro que ahora se hacen trasplantes de todo, pero nada como el original, ¿comprendes?

Ella le miró recelosamente.

—¿Hablas en serio?

Danroy levantó la mano derecha, pero no llegó a emitir su juramento en falso, porque, en aquel preciso instante, tres hombres, dos de los cuales empuñaban sendas pistolas del siglo XX, irrumpieron en el banco con gran violencia.

Uno de ellos lanzó un grito clásico en aquella situación:

—¡Esto es un atraco! ¡Que nadie se mueva, si quiere seguir viviendo!

* * *

Danroy giró hacia su izquierda, sorprendido por la llegada de los tres atracadores. Marla, aterrada, aplastó el bolso que llevaba contra su pecho opulento, como si quisiera protegerlo de la codicia de los ladrones.

Uno de ellos, observó Danroy, llevaba una gran bolsa pendiente del costado izquierdo, de la que salía un cable negro, de un centímetro de grosor, el cual terminaba en un extraño aparato, semejante a una extraña caja de brillante metal, oblonga, de unos quince centímetros de largo, por doce de ancho y siete u ocho de grueso. En la cara anterior de dicha caja se divisaba un orificio circular, que parecía cubierto por un cristal, a la manera de un objetivo de una cámara fotográfica.

Hanley Cubbs sostenía el aparato, aunque nadie le conocía en el banco. Pero la amenaza de las pistolas de sus dos secuaces era más que suficiente para que todo el mundo permaneciera inmóvil.

—¡A ver, el cajero, que se acerque! —ordenó el forajido.

Un hombre se levantó y dio un par de pasos hacia adelante.

—No tenemos billetes apenas; usamos de una forma prácticamente total las tarjetas de crédito...

Cubbs sonrió torcidamente.

—Pero con las tarjetas de crédito actuales también se pueden conseguir billetes. Bueno, quiero una lista de las más voluminosas, y

usted ya entiende lo que quiero decir. También deberá darme las llaves...

El cajero negó con la cabeza.

—Lo siento muchísimo. Eso es algo absolutamente imposible —respondió.

Cubbs volvió a sonreír. De pronto, apretó un resorte invisible.

El empleado se convirtió instantáneamente en una blanca estatua de hielo.

Marla lanzó un agudo chillido. Danroy apretó su brazo con fuerza.

—Cierra la boca —ordenó, con un perentorio susurro.

El asombro era casi mayor que el terror entre los espectadores de la escena. El infeliz cajero permanecía aún en pie, totalmente inmóvil, sin que ninguno de los presentes acertase a comprender cómo había sucedido.

Diez segundos después, la estatua se desplomó a un lado y se fragmentó en multitud de trozos, con ruidos cristalinos, los cuales, a su vez, fueron subdividiéndose hasta acabar en un impalpable polvo blanquecino, que tenía los contornos de la figura humana de la que procedía.

—¿El ayudante del cajero, por favor? —solicitó Cubbs untuosamente.

Otro empleado se levantó.

—Sí, señor, ahora mismo le daré lo que pide...

—No tengo prisa —manifestó Cubbs—. Todo está bajo control y nadie vendrá aquí en un buen rato. Nos hemos asegurado de ello, así que pórtense todos bien y podrán seguir viviendo muchos años, en lugar de convertirse en polvo instantáneamente.

Danroy no intentó moverse siquiera. En circunstancias normales, habría intentado atacar a los forajidos. De una bala de pistola, a menos que le diera a uno en la cabeza o en el corazón, se podía salir con vida. Contra las misteriosas descargas de aquel aparato, que congelaban a una persona en escasos segundos, no había defensa posible.

Al ver congelarse al cajero, había recordado un detalle, momentáneamente olvidado.

El ladrón en el laboratorio de Qiphax. La mano helada y desprendida de su brazo, fragmentada luego en infinidad de pedacitos, que se habían trasformado en polvo en menos de medio minuto...

Ahora ya no podía tener duda alguna: aquel extraño artefacto procedía de la fértil inventiva del profesor. ¿Fértil o funesta?, se preguntó, porque, ¿para qué diablos servía un chisme semejante, si no era para causar daños irreparables y hasta pequeñas catástrofes, como la destrucción de su propia casa?

Mientras sus secuaces vigilaban atentamente a los pocos clientes y a los empleados, Cubbs repasó la lista que le había entregado el asustado ayudante del cajero. Luego señaló media docena de nombres.

—Estos —dijo simplemente—. Haga lo que le digo en la computadora de transferencias.

El empleado se sentó ante la máquina, Cubbs le ordenó transferir varios millones a la cuenta de una determinada tarjeta de crédito. Al terminar, dijo.

—Cancele esas tarjetas.

—Pero, señor...

—¡Haga lo que le digo! —rugió Cubbs—. Cancélelas y borre sus números y nombres de titulares del banco de memoria. Haga la cancelación por la carencia de fondos, ¿entiende?

La nueva orden fue también obedecida, pero Cubbs no había terminado todavía

—Ahora, borre del banco de datos el número de la cuenta a la que se ha realizado la transferencia.

«Un método excelente para atracar un banco», pensó Danroy.

El bandido sin necesidad de llenar un saco de billetes, había ordenado una transferencia de varios millones a una cuenta de tarjeta de crédito que habría abierto previamente en otro banco y, como era de suponer, bajo nombre supuesto. Nadie podría ahora seguirle la pista: los números de las cuentas y de las tarjetas de crédito eran demasiado enrevesados para recordarlos de memoria.

Al terminar, Cubbs alargó la mano y se apoderó de la lista que

hasta entonces había estado en las manos del empleado.

—Y, ahora, por favor, deme cinco o seis mil «pavos». Para gastos menudos, ¿sabe?

La operación había durado algo más de un cuarto de hora. Danroy se preguntó cómo era posible que nadie hubiese entrado en el banco durante un espacio de tiempo tan prolongado.

Pronto tuvo la explicación. Las cristaleras de puertas y ventanas eran polarizables, de modo que se podía ver desde el interior lo que pasaba fuera, pero no a la inversa. Cubbs había accionado el control de polarización y, además, había puesto un cartel a la entrada, como pudieron ver más tarde, una vez que hubieron desaparecido los atracadores con su botín.

Cuando Cubbs y sus secuaces se hubieron marchado, alguien lanzó un gemido.

—Pobre señor Frack —dijo, refiriéndose al cajero—. Para dar digno reposo a sus restos, tendremos que usar una aspiradora nueva...

Era un comentario ingenuamente sarcástico, pensó Danroy, mientras empujaba a Marla fuera del banco.

Al salir vio el cartel:

CERRADO POR BALANCE.

NO SE REALIZAN OPERACIONES

AL PÚBLICO.

—Muy gracioso —rezongó.

Marla vaciló.

—Me siento mal...

—Te llevaré a tu casa —se ofreció él galantemente.

—No sé cómo agradecerte... He pasado un miedo espantoso...

—Ya se ha acabado todo. Ahora, la policía se ocupará de los ladrones, no te preocupes.

Había cámaras en el banco que habían registrado la escena, pero

Danroy dudaba mucho que la policía consiguiera algo efectivo.

Los tres atracadores usaban máscaras muy bien hechas, pero que no correspondían en absoluto a sus facciones auténticas. Usaban trajes corrientes, sin ningún detalle especial, zapatos negros los tres y las manos enguantadas.

El único detalle interesante era el extraño aparato que congelaba a las personas instantáneamente, pero como era una cosa nueva, nadie la había visto con anterioridad y, por tanto, no habría quien pudiera identificar un artefacto semejante.

A Danroy, sin embargo, no le importaba en absoluto el robo del banco, sino aquel aparato. Tenía que encontrarlo, se propuso, antes de que los forajidos continuaran cometiendo más desmanes.

Y también tenía que averiguar la forma en que lo habían conseguido, porque, de repente, se le había ocurrido una idea que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

¿Habían asesinado al profesor Qiphax para conseguir el aparato?

Dejó a Marla en su casa. La mujer quería a toda costa que se quedara con ella, pero Danroy se negó rotundamente y se marchó. Tenía mucho que hacer y no podía perder el tiempo en devaneos.

CAPÍTULO VI

Estaba en pie, con las manos a la espalda, contemplando aquella masa de hielo, que alcanzaba una altura de doce metros y una anchura de más de treinta. La forma era aproximadamente semiesférica, aunque con muchas irregularidades en su superficie.

Acercarse a la mole de hielo era imposible. A veinticinco metros de distancia, reinaba una temperatura bajísima, que hacía la estancia insoportable. Sobre la parte superior se veía una tenue nube de vapor blanquecino, de la que en ocasiones, se desprendían masas de algo blanco, que iban a unirse rápidamente con la masa mayor.

Había numerosos curiosos en las inmediaciones y también algunos policías, así como periodistas y operadores de la televisión. Danroy pudo ver a un reportero de la televisión entrevistando a alguien con aspecto de científico. Seguramente estaba dando su opinión sobre aquel extraño fenómeno, cuyo origen nadie sabía explicar de forma satisfactoria.

De pronto, vio con el rabillo del ojo, a una espectadora recién llegada al lugar. Ella no se habla dado cuenta aún de su presencia y Danroy maniobró para situarse a su espalda.

—La primera secretaria del ministro de Defensa de Zphtor V viene a contemplar los efectos de un arma que deseaba comprar para su ejército, ¿verdad?

Kheena se estremeció.

—Lo sabe ya —dijo a media voz, sin volver la cabeza.

—Tengo un buen amigo en Negocios Extraterrestres. Fui a pedirle información sobre usted.

—Comprendo.

—El gobierno está irritado. No le gusta que los extranjeros vengan a la Tierra a dirimir sus querellas.

—No tenemos querellas con otros planetas…

—Por favor, no tome como tontos a los gobernantes de la Tierra. Y no nos hará creer que quiere comprar esa maquinita de hacer frío sólo para conservar la comida de sus soldados, ¿eh?

—Si le dijera la verdad, ¿me creería?

—Hable. Luego le daré mi opinión.

—Este no es el lugar apropiado, Duss.

—Podemos ir a cenar a algún sitio cálido y abrigado. Aquí reina una temperatura polar.

—No es mala idea —aceptó ella—. Pero antes dígame qué piensa de todo esto, por favor.

—En alguna parte hay una máquina que funciona constantemente, sin interrupción, produciendo hielo, eso es todo.

—La casa quedó destruida. Por tanto, las líneas de suministro de energía habrán quedado cortadas y la máquina no tiene aflujo de potencia y debe pararse.

—Está equivocada, Kheena.

—¿Sí?

—Qiphax era un «as» en algunos aspectos de la ciencia. Una de las cosas que construyó o, si lo prefiere, inventó, era una microbatería de no más de un centímetro cúbico de volumen, capaz de proporcionar luz y emergía a una casa corriente durante un año seguido.

—Y eso significa…

—Simplemente, que en alguna parte, bajo la masa de hielo, hay una batería que proporciona fuerza a la congeladora. Será mucho mayor que la que acabo de mencionar, tendrá una potencia infinitamente superior, durará años enteros y…

—¿Y…?

—Pues que si alguien no la para a tiempo, puede acabar congelando el planeta.

Kheena se quedó sin aliento.

—¿Usted cree?

Cerca de ellos, un reportero de televisión entrevistaba a alguien con aire de enterado. El entrevistado decía en aquellos momentos:

—…no se necesita agua en estado líquido para producir hielo.

Simplemente, las bajas temperaturas congelan el vapor de agua contenido en la atmósfera y, a medida que la masa de hielo aumenta, su superficie de contacto con la atmósfera es mucho mayor y, por tanto, es mayor la cantidad de vapor de agua que sufre los efectos de esa baja temperatura...

Danroy asió el brazo de la joven y la empujó fuera del espeso círculo de gente que rodeaba el lugar.

—Ya tiene usted la explicación de la formación de ese hielo sin necesidad aparente de agua —dijo.

* * *

—Es fantástico, no acabo de creérmelo —declaró Kheena más tarde, mientras sentados a una mesa, despachaban la cena que Danroy había encargado.

—Es preciso creer lo que se ve y se toca —sonrió él—. Aunque en el caso del hielo de Qiphax, basta con seguir su temperatura a prudente distancia. Recuerde lo que le pasó al ladrón que perdió su mano.

—Pero, aun así, la Tierra no podría congelarse por entero...

—Deje que le explique algunas cosas. En la atmósfera hay trillones de toneladas de agua, en estado de vapor. Hay también corrientes que mueven las capas atmosféricas y, naturalmente, arrastran ese vapor de agua. Por si fuese poco, estamos a menos de cinco kilómetros del mar, que también puede helarse, si la masa de hielo sigue creciendo. ¿Continúo o me paro?

Kheena alzó una mano.

—No siga, tengo bastante —respondió—. Duss, ¿qué se puede hacer para detener ese proceso de congelación ininterrumpido?

—Científicamente, no lo sé. De otra forma quizá consiga algo.

—¿Cómo?

—Verá... ¿Ha oído hablar del atraco al banco de esta mañana?

—Vagamente... Unos ladrones obligaron al cajero a manipular en ciertas tarjetas de crédito...

—Y uno de ellos usaba como arma un congelador portátil.

—¿Es cierto eso?

—Yo estaba allí y lo vi todo, Kheena.

Danroy relató sucintamente los hechos. Cuando terminó, ella se sentía estupefacta.

—Sin embargo, no comprendo qué relación tiene el asalto al banco con mi estancia en la Tierra.

El joven sonrió.

—Ambos tienen una causa en común: la dichosa maquinita de hacer hielo del profesor. Usted vino en busca de la patente y los atracadores, ignoro el procedimiento, consiguieron un modelo portátil. Lo que daría usted por tenerlo en su poder, ¿eh? —dijo Danroy con sorna.

—Me interesa la patente, no el aparato en sí. Si no tenemos los planos, ¿cómo podríamos construir uno idéntico?

—Sus expertos podrían conseguirlo...

—Lo dudo mucho.

—Como quiera. Pero antes le dije que quizá podría conseguir algo y no precisamente de una manera científica.

—Todavía no se ha explicado, Duss.

—Se lo diré en muy pocas palabras: voy a buscar a los ladrones.

—No le será fácil —dijo ella.

—Hay pocas cosas fáciles en este mundo —alegó Danroy sonriendo—. Y a propósito, ¿cuánto está dispuesto su ministerio a pagar realmente por la patente?

Kheena hizo un gesto.

—Se lo dije, ¿no?

—Yo me refería a una cifra más concreta.

—Depende de usted, Duss.

—Sí, pero antes tengo que encontrar al profesor Qiphax y dudo mucho de que lo consiga.

—¿Por qué?

Danroy torció la boca.

—Esos tipos, los que robaron el banco, son gente sin escrúpulos. Mataron al infeliz cajero, sólo porque se negó a facilitarles unos datos concretos. Lo convirtieron en una estatua de hielo que, en menos de veinte segundos, se transformó en polvo.

—Y usted sospecha que, para conseguir ese chisme, mataron al profesor.

—Eso creo, Kheena.

—Sería un contratiempo terrible para nosotros —murmuró ella.

—Y sus propósitos bélicos contra Orrigh III, ¿no es cierto?

Kheena se atiesó en su asiento.

—Sospecho que usted no conoce la auténtica verdad sobre el estado de la cuestión —dijo.

—No tengo gran interés en conocerlo, ésta es la verdad, pero si me fastidiaría mucho ver a la Tierra complicada en un conflicto entre dos planetas, con los que mantiene relaciones hasta ahora satisfactorias.

—No ocurrirá nada, ya lo verá...

—Permítame que lo dude.

—Como quiera. Duss, ¿qué pasos piensa dar para encontrar a los ladrones? Porque es de suponer que la policía andará buscándolos afanosamente, ¿no le parece?

—Desde luego, aunque yo empezaré de otra forma

—¿Cómo?

—En primer lugar, hablaré con la asistenta del profesor. Quizá ella sepa algo. Luego... —Danroy sonrió maliciosamente—, tengo ciertas amistades en determinados estratos sociales y estimularé su memoria mediante algunos billetes de banco.

—Comprendo. Es prematuro pedirle que diga cuándo habrá obtenido algún resultado de sus gestiones, claro.

—Ciertamente, sí, aunque si le parece, usted podría acompañarme mañana a hacer una visita.

—¿A quién, Duss?

—A la asistenta del profesor, Hetti Crann. Iré a buscarla al hotel a las diez de la mañana, si no le parece una hora demasiado temprana.

—Tengo hora para la peluquería. Estaré lista a las doce.

Danroy contempló la hermosa cabellera de la joven y suspiró.

—Con ese pelo tan bonito… y todavía tiene que arreglárselo…

—Las mujeres, ya sabe, somos así —rio ella.

Los senos de la joven se agitaron suavemente. Danroy lanzó un bufido.

—Esas costumbres de Zphtor V…

—Le turba mi atavío, ¿verdad? Lo siento; soy zphtoriana y debo vivir de acuerdo con los hábitos de mi planeta. Por desgracia, ya llegará el tiempo en que deba cubrirme el pecho.

—Oiga, ¿qué ocurre con las que no se casan? ¿Lo llevan siempre desnudo? Porque en llegando a cierta edad, el pecho femenino pierde su atractivo…

—La que se queda soltera, se cubre el pecho a los cincuenta años.

—Mal asunto, eso de declarar la edad a la fuerza —comentó él burlonamente.

—Yo preferiría no hablar de ciertas repulsivas costumbres de la Tierra, que a nosotros nos resultan verdaderamente horribles. Cada planeta tiene sus costumbres y sus leyes, Duss.

—Y su pizca de racismo, como Zphtor V.

—Lo sabe ya, ¿eh?

—Sí. Ya conoce la fuente de mi información.

—En tal caso, le agradeceré se abstenga de todo comentario sobre el particular. Y ahora, si me lo permite, deje que pague la cena. Quiero invitarle yo, como si estuviésemos en mi casa.

Danroy hizo un ademán de aquiescencia.

—Está en su casa —dijo.

Kheena llamó al camarero y le entregó una tarjeta de crédito. El

hombre hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Danroy sonrió.

—Algún día podré decir «Una vez estuve cenando con la presidenta de Zphtor V y ella pagó la cuenta.»

—Le firmaré la nota y así tendrá un autógrafo mío —contestó Kheena de buen humor.

El camarero volvió a los pocos momentos.

—Siento mucho lo que sucede, señora... La central de datos informa que esa cuenta no existe...

Devolvió la tarjeta, dejándola encima de la mesa, y esperó.

Kheena se puso pálida.

—No puede ser —exclamó—. Mi cuenta debía tener...

Mordiéndose los labios, calló de pronto, para no citar la cifra auténtica. Danroy, por su parte, no se sentía menos desconcertado, aunque reaccionó rápidamente y sacó unos billetes, que puso en manos del camarero.

—Cóbrese, por favor —ordenó.

—Sí, señor, muchas gracias...

Kheena volvió la vista hacia el joven. Aparecía terriblemente afligida.

—Debe de haber algún error. Las máquinas no se equivocan...

—Precisamente por eso, la central de datos afirma que su cuenta no existe —respondió él—. ¿Me permite?

Danroy cogió la tarjeta y la examinó rápidamente. A los pocos segundos, Kheena le vio sonreír de una manera especial.

—¿Qué le pasa? —exclamó irritada—. Esto no tiene gracia alguna...

—Depende del punto de vista, querida, porque da la casualidad de que su tarjeta de crédito es una de las expedidas por el banco atracado en la mañana del día de hoy —contestó Danroy.

CAPÍTULO VII

Hanley Cubbs se sentó ante su computadora personal y tecleó en petición de ciertos datos. A los pocos momentos, la pantalla empezó a reflejar las respuestas gráficamente.

—Ahí van diecinueve millones de la primera cuenta… —exclamó satisfecho—. Valió la pena perder tanto tiempo en investigar, ¿verdad, muchachos?

Sus secuaces asintieron al unísono.

—Es el mayor golpe que se ha dado jamás —dijo uno de ellos.

—Rápido, limpio, productivo… Cuando tenga el balance total, pediré dos tarjetas más para vosotros.

—¿Cuánto, jefe?

Otra clave, seguida de una cifra, apareció en la pantalla.

—Treinta y dos millones más. No está mal —rio Cubbs—. Esperad unos momentos y os diré la cantidad exacta, pero podéis estar seguros de que no bajará de veinte millones para cada uno de vosotros. Naturalmente, con nombre supuesto y demás.

Se oyeron dos silbidos.

—¡Veinte millones!

—¡Aire, que me den aire!

Cubbs lanzó una sonora carcajada.

—Ahí viene el número tres… Caramba, esa cuenta sí que estaba bien provista; nada menos que setenta y cuatro millones, más treinta y dos, más diecinueve…

—¡Ciento veinticinco millones, jefe!

Súbitamente, la central de datos suministró una cifra que dejó atónitos a los tres forajidos.

—¡Mil doscientos millones! —gritó Cubbs.

Uno de sus esbirros tuvo que sentarse.

—No puedo permanecer en pie... —lloriqueó—. Estoy soñando, me han drogado...

Cubbs tenía la boca abierta. Apenas si daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Mil doscientos millones... ¿Quién era ese ricacho?

Pero la computadora había borrado todo rastro del origen de la transferencia.

* * *

La mujer que salió a abrir la puerta era de mediana edad, pero tenía todavía un aspecto muy agradable. Su rostro, sin embargo, no parecía expresar satisfacción.

—¿Qué desean? —preguntó recelosamente.

—¿Es usted Hettie Crann? —preguntó Danroy.

—Así me llamo, señor.

—Asistenta del profesor Qiphax.

—Hasta hace pocos días... Ah, ahora le reconozco a usted. Vino a ver a ese excéntrico sujeto, a quien Satanás mantenga eternamente en una de sus calderas...

El joven sonrió.

—Me llamo Duss Danroy. Ella es la señorita Kheena de Zphtor —presentó—. Deseamos hablar con usted, señora Crann.

Hettie miró el pecho desnudo de Kheena y torció el gesto.

—¿Por qué va así? —rezongó.

—Es la costumbre en mi planeta, señora —dijo Kheena.

—Es una indecencia, pero, vamos, a mi edad, ya no voy a asustarme de ver a una chica con los pechos al aire. Si usted quiere enseñarlos, es cosa suya.

—Todavía puedo hacerlo, señora —contestó la joven, picada—. En cambio, usted...

Danroy alargó la mano.

—Repórtese —masculló—. No lo eche todo a perder. A fin de

cuentas, ella está en su planeta y usted es extranjera.

—Lo siento. Le ruego me disculpe, señora Crann —dijo Kheena.

—Está bien, entren de una maldita vez —contestó Hettie—. Pero no se entretengan demasiado; estoy a punto de marcharme.

—¿No le gusta vivir aquí?

Hettie fue hacia una de las ventanas y señaló un punto con la mano.

—Vengan aquí, muchachos —indicó—. Díganme, ¿qué ven allí?

La ventana estaba situada en una de las fachadas de la casita ocupada por la mujer. Danroy miró a través de los vidrios y se quedó atónito.

—¡Dios mío!

Kheena, a su vez, emitió otra exclamación de asombro.

Parecía una montaña de hielo, que debería haber resplandecido bajo un sol ardiente, pero estaba cubierta por una especie de copete de vapor muy espeso, del que se desprendían con cierta regularidad grandes trozos de materia sólida, que formaba cuerpo inmediatamente con la masa mayor.

La altura era ya de casi treinta metros y el diámetro, en la base, rebasaba los ochenta. La montaña helada se hallaba a unos trescientos metros escasos de distancia de los espectadores.

—Esa cosa sigue creciendo y no da señales de parar —dijo Hettie, pasados algunos segundos—. No quiero que me pille en casa, cuando llegue aquí. Anoche, y eso que estamos en mitad de la primavera, tuve que encender la calefacción a tope. Esa cosa propaga el frío a cientos de metros de distancia y dentro de una semana, como alguien no lo pare, no se podrá vivir en la ciudad, créanme.

Danroy entendió que no le faltaba razón a la mujer. Pero quería saber algo más inmediato y se volvió hacia ella.

—Señora Crann, buscamos al profesor —manifestó.

—No sé dónde está. Tal vez enterrado bajo esa mole de hielo…

Kheena lanzó un gemido.

—¿Usted cree?



Hettie se encogió de hombros.

—Sí

—Es sólo una suposición —respondió—. El profesor fue siempre un tipo excéntrico. A veces, se marchaba sin previo aviso.... aunque también debo reconocer que dejaba una nota en la mayoría de las ocasiones, diciendo adónde se iba y el tiempo que permanecería ausente. Aproximadamente, claro.

—¿Dejó una nota en esta ocasión? —inquirió Danroy vivamente.

—No, lo siento. Si lo supiera, se lo diría.

—Bueno, puede haber una solución —terció Kheena—. Quizá el profesor se ha ido a algún sitio en donde ya ha estado anteriormente y la señora Crann lo recuerda.

—Recuerdo tres o cuatro nombres. Si quieren, se los daré, aunque no les garantizo resultados satisfactorios —dijo Hettie.

Danroy sacó una pequeña libreta y un lápiz.

—Hable, por favor.

Hettie citó unos cuantos nombres. Danroy apreció que todos se referían a hoteles, por lo general, situados en lugares apartados y discretos.

—¿Le gustaban las mujeres? —preguntó.

Hettie soltó una risita.

—Me maravilla que yo haya podido conservar mi virtud, estando tanto tiempo a su lado —contestó.

Danroy no quiso desilusionar a la señora Crann. Si Qiphax era como decía, se fijaría seguramente en otras mujeres más jóvenes y mucho más atractivas.

—La virtud se hace respetar por sí misma —dijo cortésmente.

—Gracias, señor —respondió la asistenta—. Si puedo ayudarles más...

—Gracias, buscaremos en los lugares que nos ha indicado —dijo el joven.

Hettie levantó súbitamente una mano.

—¡Aguarden, por favor! —pidió—. Quizá el ayudante del profesor pueda informarles mejor. Lo había olvidado…

—¿Cómo se llama, señora?

—Jirt Rogan y vive en la Avenida Cuarenta, número ocho mil setecientos diecisiete.

—Gracias, señora Crann.

—El señor Rogan no me gustó nunca —dijo Hettie espontáneamente—. Era un tipo grosero, mal educado… Además, se reunía con ciertos tipos que me daban muy mala espina…

—¿De veras? —dijo Danroy—. Cuente, cuente, por favor.

«Cuanto más supieran de Qiphax y sus colaboradores, sería mejor», pensó.

—Oh, Rogan andaba siempre falto de dinero… Constantemente pedía al profesor y puedo jurarles que tenía su sueldo empeñado para unos cuantos meses. Yo diría que se lo gastaba todo en las apuestas sobre combates.

—¿Qué clase de combates? —preguntó Kheena.

Danroy hizo una mueca.

—Están prohibidos, pero se celebran en lugares desconocidos, salvo para los interesados y los que apuestan, claro. Son combates a muerte.

Ella se quedó sin aliento.

—¿Es posible…?

—Los nuevos gladiadores ganan fortunas…, si sobreviven. Las apuestas son altísimas y muchos salen de esos lugares sin más que lo puesto. Pero han visto morir a hombres jóvenes y robustos y eso, por lo visto, les satisface.

—Entonces, ¿cree que encontraremos a Rogan en uno de esos circos sangrientos?

—Yo diría que sí, sobre todo, si se piensa en los tipos que venían a verle últimamente —dijo Hettie.

—¿Conoce sus nombres?

—Había uno, que parecía ser el jefe, y dijo siempre que se llamaba Jerry Smith. Para mí que era un nombre falso...

—¿Qué aspecto tenía señora Crann? —preguntó Danroy.

—Era fuerte, ancho de hombros... La cara parecía corriente, pero tenía una ceja partida, como si le hubiesen dado una cuchillada. Para ocultar esa cicatriz, usaba unas grandes gafas, enormes, desmesuradas... Eso es todo lo que sé, pueden creerme.

Danroy asintió y se dijo que Hettie merecía una recompensa por sus informes. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un par de billetes.

—Para los gastos de viaje —sonrió.

—Muchas gracias, señor. Puede estar seguro de que me iré hoy mismo... Esa montaña de hielo seguirá creciendo hasta destruir la ciudad y quizá una enorme extensión de terreno...

—¿Cómo lo sabe usted, señora? —inquirió Kheena.

—Se lo oí al profesor. Parecía muy preocupado y dijo que, si se iniciaba la reacción, costaría mucho detenerla, si acaso se conseguía algún día —respondió Hettie.

* * *

El frío se notaba en el exterior. Danroy no pudo por menos de lanzar una mirada a la masa de hielo que, según Hettie, podía seguir creciendo hasta alcanzar proporciones apocalípticas.

—¿No se podrá detener algún día la producción de hielo? —dijo Kheena aprensivamente.

—Tenemos que encontrar al profesor —dijo Danroy—. Sin él, no podemos hacer nada.

—Bueno, hemos conseguido unas pistas... ¿Adónde te parece que vayamos en primer lugar, Duss?

Danroy consultó su libreta.

—Podemos ir primeramente al *Lone Mountain Hotel*. Está solamente a ciento veinte kilómetros, media hora escasa en aeromóvil. Además, tienen un cocinero excepcional y así almorzaremos en el comedor del hotel. ¿Qué te parece?

Ella sonrió tristemente.

—No tengo un céntimo —contestó.

—Ya lo sé. Te «vaciaron» la cuenta corriente y no era precisamente... corriente, sino que estaba muy nutrida. ¿Quinientos?

—Más. .. —dijo Kheena con un hilo de voz.

—¿Cuánto más, por favor?

—Se... setecientos millones más...

Danroy se dio una palmada en la frente.

—¡Dios, qué botín!

Empujó a la joven hacia el aeromóvil.

—Ese dinero, ¿entraba en los presupuestos del Estado o formaba parte de los fondos secretos de tu ministerio? —preguntó, al sentarse ante los mandos del aparato.

—¿Importa mucho eso ahora, Duss?

—No, claro que no. Pero tendrás que dar cuenta de lo ocurrido...

—Ya lo he hecho y he pedido una nueva remesa de fondos. Esta vez, enviarán el dinero a otro banco...

—Más seguro, pero también menos discreto.

—Me pareció que era lo apropiado. ¿No hubieras hecho tú lo mismo?

—No lo sé. Yo no soy zphtoriano ni tengo nada contra los de Orrigh III.

—Esa no es una respuesta, Duss —se quejó ella.

—¿Para qué la quieres, si luego no me harás caso? Has venido aquí, aunque lo niegues, a comprar armas. De nueva especie, si lo prefieres así, pero armas, al fin y al cabo.

—Sigues sin conocer el estado de la cuestión entre nosotros y Orrigh —dijo Kheena.

—Sí, claro, el enemigo es siempre el culpable —respondió él sarcásticamente.

Kheena cruzó los brazos bajo sus senos y apretó los labios, como dando a entender que estaba enojada y que no quería seguir

discutiendo más el tema. Danroy, por su parte, ocultó una sonrisa, aunque no tardó mucho en volver a sentirse preocupado.

¿Qué sucedería, se preguntó, si el profesor no era hallado y resultaba imposible detener su máquina infernal?

* * *

Un billete cambió discretamente de manos. El atildado *maître* se inclinó con gran prosopopeya.

—Iré a enterarme, señor —contestó, después de que Danroy le hubo formulado su petición.

—Gracias, amigo mío. —El joven fijó la vista en Kheena—. Bueno, disfrutemos de la comida y de esta vista tan maravillosa. ¿Tenéis algo parecido en Zphtor?

Ella miró a través de los amplios ventanales del comedor.

El hotel estaba situado en la cumbre de una montaña, casi aislada de las demás, y desde allí se divisaba un paisaje excepcional.

Al fondo, a unos treinta y cinco kilómetros, se captaba el brillo del sol reflejándose en el océano. No lejos del hotel, una imponente cascada se despeñaba por un salto de más de sesenta metros de altura y luego, el rio, corría turbulentamente entre breñas y rocas, formando sólo accidentalmente pequeños remansos, hasta que la corriente se calmaba al llegar a la llanura, a unos veinticinco kilómetros.

Pero también, pese a la distancia, se veía algo mucho más tenebroso, no obstante brillar con el fulgor de un diamante.

Desde allí, era sólo un diminuto punto blanco. Pero la masa de hielo, en un par de horas solamente, había aumentado en más de la mitad del tamaño que tenía al amanecer.

Sería terrible, se dijo Danroy. Si alguien no detenía aquella espantosa maquinaria...

—Tenemos cosas aún más bellas —respondió Kheena—. Pero las descripciones verbales no sirven; es preciso verlo en persona. Aunque, me supongo, algún día irás a Zphtor.

—Sí, cuando seas presidenta —sonrió Danroy.

—Pueden pasar muchos años.

—¿Qué prisa tenemos?

—¿No te gustaría verme, como decís aquí, ocupando la más alta Magistratura de mi planeta? —sonrió Kheena.

—No te ofendas, pero me deja indiferente. Aunque si a ti te gusta la política, ¡adelante! Un día podré hablar de lo bien que lo pasamos juntos tú y yo.

—No lo estamos pasando bien que digamos —contradijo ella.

—Cuando estoy al lado de una mujer hermosa, lo paso estupendamente, aunque no sea más que por el placer de contemplarla.

—Muy galante por tu parte, pero no deberías olvidar que tenemos otras cosas importantes que hacer.

—Lo tengo muy presente y reanudaremos la tarea, apenas hayamos terminado de comer —respondió Danroy.

El *maître* vino y les dio una mala noticia: Qiphax no se hallaba hospedado en el hotel.

CAPÍTULO VIII

El profesor no se encontraba tampoco en ninguno de los restantes lugares mencionados por su asistenta, dos de los cuales estaban casi en las antípodas y ello les obligó a unos viajes que duraron más de lo previsto y a unos gastos que aterraron a la joven.

—No sé cómo podré pagarte…

—Para tu ministerio, debe ser una fruslería —dijo él—. Te he comprado algunas flores y bombones, y son obsequios personales, pero hay otros gastos que alguien debe sufragar. A fin de cuentas, es Zphtor quien quiere la maquinita que congela el ambiente.

Después de casi una semana de incesante movimiento, se hallaban en el apartamento del joven. Danroy conectó la televisión para conocer las últimas noticias sobre el caso y se sintió aterrado al saber la realidad.

La producción de hielo continuaba incesante y no se encontraba medio alguno para detenerlo. La montaña blanca alcanzaba ya una altura de casi trescientos metros por más de un kilómetro de diámetro en la base.

Barrios enteros habían sido engullidos por aquella devoradora masa de hielo, aunque sus habitantes habían sido evacuados a tiempo y no se habían producido desgracias personales.

El frío en la zona era intensísimo y alcanzaba un radio mucho mayor que el de la misma montaña helada. Danroy y Kheena pudieron presenciar la entrevista hecha a un científico, quien aseguró que, de no detenerse el crecimiento de la masa de hielo mediante procedimientos drásticos, podía llegar a alcanzar dimensiones indescriptibles.

—Su superficie es cada vez mayor y, por tanto, enfría una mayor masa de aire, la cual, a su vez, produce constantes corrientes que también se enfrían al ponerse en contacto con el hielo. Esas corrientes acarrean, lógicamente, vapor de agua, que se congela instantáneamente… Un día, tal vez, cuando la montaña de hielo sea mucho mayor, las corrientes de aire sean mucho más violentas y se produzcan huracanes de resultados nada agradables…

Las explicaciones del científico eran, a la vez, lógicas y

aterradoras. La cámara del noticiario mostró aquella colosal masa de agua congelada, cuyo aumento no parecía poder ser contenido por nadie.

Otro entrevistado habló de la posibilidad de una bomba nuclear, pero la idea fue desechada, porque causaría aún mayores males que los que se pretendía evitar. Se había tratado de, por lo menos, mantener la masa de hielo en sus actuales dimensiones, mediante numerosas máquinas excavadoras, pero todos los esfuerzos habían resultado inútiles.

Las palas y las barrenas dejaban de funcionar a los pocos minutos, congelados no sólo los mecanismos, sino también los mismos metales, que se tomaban quebradizos y se rompían como si fueran de vidrio, después de apenas un cuarto de hora de funcionamiento. Además, los operarios, pese a que trabajaban en cabinas cerradas y con calefacción, acababan por no poder soportar la temperatura que, pese a todo, penetraba en el interior del vehículo y hacía la estancia insoportable.

Las mismas máquinas acababan por helarse y los motores se paraban, y todo el conjunto, cuando no se deshacía, quedaba cubierto por el hielo. Equipos técnicos tomaban la temperatura ambiental constantemente. Una de las últimas mediciones, hecha por un arriesgado científico, quien luego había tenido que ser internado en un hospital, aquejado de congelaciones en varias partes de su cuerpo, señalaba a cuatro metros escasos de la mole de hielo, -117 ºC.

—Ciento diecisiete bajo caro —se espantó Danroy—. Casi la temperatura del vacío sideral...

No era cierto, porque aún había una diferencia de ciento cincuenta y seis grados, pero no se conocía un solo caso en la Tierra en que el termómetro hubiese alcanzado tales cifras negativas, ni siquiera en Siberia o en la Antártida y en la peor estación del año.

Las autoridades, según el informador, se hallaban desconcertadas ya no sabían qué hacer para combatir el fenómeno, que amenazaba con destruir la ciudad. Repentinamente, el locutor, anunció, muy excitado, algo importante.

Un colosal rascacielos apareció en la pantalla, junto al cual se veía el borde de la masa de hielo, cuyo aspecto era aterrador. La parte superior del edificio quedaba oculta por la capa de niebla que cubría constantemente aquella zona de la atmósfera y que era vapor de agua que llegaba sin cesar, traído por las corrientes atmosféricas, para

congelarse a los pocos momentos.

—El rascacielos se congelará —dijo Kheena.

—Sí, aunque no en su estado actual.

—¿Cómo?

Danroy tendió su mano hacia la pantalla.

—¡Mira!

La información, en directo, trajo ruidos aterradores. Las paredes del rascacielos se agrietaron primeramente y enormes trozos de su estructura empezaron a desprenderse. Súbitamente, aquella enorme mole se derrumbó con fragor apocalíptico, vencida en su base por el incesante avance del hielo.

Un enorme montón de escombros se formó en el lugar del derrumbamiento, pero entonces ocurrió algo increíble.

Durante unos momentos, la nube de polvo provocada por la destrucción del gigantesco edificio lo ocultó todo. Luego, cuando el ambiente volvió a aclararse, se vio algo fantástico.

En pocos minutos, los restos del edificio habían adquirido ya un color blanquecino de indudable procedencia. Antes de un cuarto de hora, lo que había sido un orgulloso rascacielos de casi ochenta pisos de altura, se había confundido ya con la masa de hielo, cuyo avance nadie parecía capaz de detener.

Danroy y Kheena habían contemplado el espectáculo, morbosamente fascinados por las imágenes que llegaban a la pantalla. Estaban en silencio, sin atreverse a pronunciar una palabra y, de repente, se oyó un sonido que les hizo sobresaltarse, de tal modo, que ella no pudo por menos que proferir un grito de susto.

Danroy sonrió.

—No temas, sólo es el videófono. Alguien me llama —dijo.

* * *

El rostro de un hombre de unos cuarenta años, delgado, de ojos diminutos y nariz ganchuda, se hizo visible inmediatamente en la pantalla del videófono.

—Duss, tengo noticias para ti —dijo el sujeto.

—Espero que sean interesantes, Backy —contestó Danroy.

—Lo son... Oye, ¿quién es esa Miss Galaxia que tienes al lado?

El joven sonrió.

—Una buena amiga y no pienses mal, Backy. Te presento a Kheena de Zphtor. Kheena, éste es Backy Soyd, un buen amigo y colaborador accidental, como en el presente caso, supongo.

—Así es —confirmó Soyd—. Quizá esto no tenga relación con el asunto que me encomendaste, pero me pareció conveniente que lo supieras. Sobre todo, si pensamos que tú estabas presente cuando aquellos tres tipos asaltaron el banco.

—Sí, allí estaba. ¿Y...?

—Bueno, por ahí corren rumores de que fue Hanley Cubbs el que lo hizo, ayudado por sus dos compinches más fieles. Tenía tres, pero no se sabe qué le pasó al tercero, esto es, a Hickoc Pynn, aunque, por otra parte, nadie lo lamenta en absoluto. Bien, volviendo a lo nuestro, te diré que se nota que a Cubbs le sobra ahora el dinero hasta por los orejas. Nadie puede probar nada, ni hay soplos a la policía, claro, pero...

—Backy, Backy, déjate de rodeos —pidió Danroy, impaciente—. ¿Qué más le pasa a ese granuja?

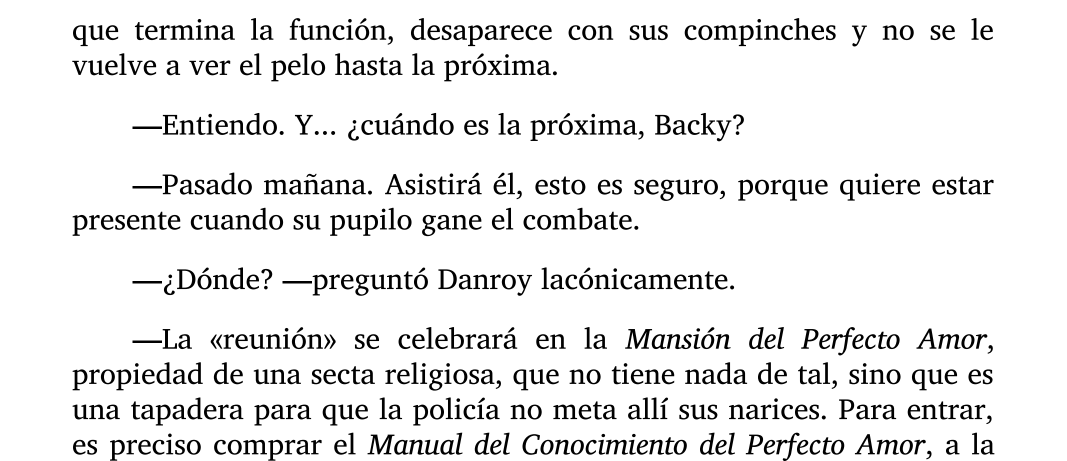
—En los últimos tiempos, está apostando fuerte en los combates. Y, aunque pierde sumas mareantes, no parece importarle demasiado. En el último combate, perdió una apuesta de doscientos cincuenta mil y se quedó tan tranquilo, cuando yo sé que una vez perdió solamente la décima parte y estuvo un mes mordiendo a todo el mundo como un perro rabioso.

—Entonces, tú supones que Cubbs es el autor del robo...

—Hay más todavía, Duss —continuó Soyd—. A fin de resarcirse de la pérdida o tal vez por fanfarronear, Cubbs va a patrocinar a un luchador por el que va a apostar sumas fantásticas. Se rumorea que el luchador va a emplear un arma nueva, aunque se desconocen más detalles. Quizá a ti te convendría hablar con Cubbs, no lo sé. Eso ya es asunto tuyo.

—¿Sabes dónde vive Cubbs, Backy?

—No. Ha cambiado de residencia y nadie sabe dónde se esconde actualmente, aunque se le ve siempre en los combates. Pero una vez



que termina la función, desaparece con sus compinches y no se le vuelve a ver el pelo hasta la próxima.

—Entiendo. Y… ¿cuándo es la próxima, Backy?

—Pasado mañana. Asistirá él, esto es seguro, porque quiere estar presente cuando su pupilo gane el combate.

—¿Dónde? —preguntó Danroy lacónicamente.

—La «reunión» se celebrará en la *Mansión del Perfecto Amor*, propiedad de una secta religiosa, que no tiene nada de tal, sino que es una tapadera para que la policía no meta allí sus narices. Para entrar, es preciso comprar el *Manual del Conocimiento del Perfecto Amor*, a la entrada. Y hay que pagar cincuenta mil por barba.

Danroy se espantó.

—Cielos, un amor que cuesta caro, aunque sea perfecto —exclamó.

—Lo siento, pero las cosas están así. Eso es todo lo que sé… y ya me enviarás un par de miles a mi cuenta, ¿eh?

—Descuida. Gracias por todo, Backy.

La pantalla se apagó. Danroy se volvió hacia la joven.

—Tendré que ir a esa falsa capilla —dijo.

—Son cincuenta mil unidades de moneda…

—Rebañaré el fondo de mi cuenta corriente —sonrió Danroy.

—No hará falta. He recibido noticias económicas de mi ministerio. El embajador de Zphtor en la Tierra, por otra parte, está haciendo gestiones para recobrar el dinero que me robaron. Ahora tengo fondos nuevamente en el banco.

—De acuerdo, aceptaré los cincuenta mil.

—Cien mil, Duss.

El joven respingó.

—¡Kheena, tú no…!

—Sí.

—Es un espectáculo sangriento.

—Lo sé.

—Habrá muertes.

—Me aterra pensar en ello, pero iré.

—No me hago responsable de lo que pueda pasarte. Es posible que veas espectáculos realmente horripilantes y dudo mucho que puedas soportarlo.

—¿Y tú?

—Hay equipos sanitarios que atienden a las personas sensibles.

—No se privan de nada, ¿eh? —dijo Kheena sarcásticamente.

—Podrás comprobarlo en persona dentro de cuarenta y ocho horas. Pero si vienes conmigo, deberás hacer algo que quizá no te guste y yo, sin embargo, estimo necesario.

—¿Qué es, Duss?

Danroy señaló el pecho de la joven.

—Cúbrelos —indicó.

Ella se mordió los labios.

—No me gusta…

—Te guste o no, te cubrirás las… Bueno, irás vestida como una terrestre —dijo Danroy enérgicamente—. Hubo un tiempo en que aquí también era moda llevar el pecho descubierto, pero los tiempos han cambiado. La moda esa volverá algún día, supongo; suele suceder con todas las modas. Ahora, sin embargo, se considera incorrecta una indumentaria femenina como la tuya.

—Está bien —se resignó ella—. ¿Qué traje me aconsejas debo llevar puesto?

—El más sencillo posible. Ah, y el dinero, en billetes de banco. Puedes pedir dos de cincuenta mil; así llevarás menos bulto en el bolso.

—¿Algo más?

Danroy miró a la joven de un modo peculiar. Ella se sonrojó.

—No —contestó él.

CAPÍTULO IX

La *Mansión de Perfecto Amor*, calificó Danroy mentalmente, era una infame mezcla de morabito árabe y ermita románica europea, construida en mampostería revocada exteriormente con yeso, sobre el cual se habían grabado algunos dibujos incomprensibles y de diseño absolutamente disparatado. Era un edificio relativamente pequeño, pero Danroy sabía que su apariencia de lugar destinado a impartir paz y mansedumbre escondía algo mucho más siniestro, horriblemente sanguinario.

En el vestíbulo había una mesa, atendida por una joven de aire más bien lúgubre, vestida con una larga túnica blanca, que le llegaba hasta los pies y apenas dejaba visibles otra cosa que la cabeza y las manos. Danroy con gesto más bien humilde, pidió dos *Manuales*, a la vez que enseñaba sendos billetes de cincuenta mil.

—Queremos conseguir el *Perfecto Amor*, mediante las enseñanzas que se imparten en este santo lugar —dijo reverentemente.

La joven les entregó dos folletos, junto con unas tarjetas numeradas.

—Son los lugares que ocuparán durante la predicación —dijo—. Pasen a la habitación contigua; allí les entregarán las vestiduras apropiadas para asistir a las enseñanzas que les permitirán alcanzar sus deseos de perfección en el amor.

Era una respuesta estereotipada, pensó Danroy. «Se lo dice a todos». Y era lógico, por otra parte, si en aquel lugar se celebraban las sangrientas reuniones.

Atravesaron una puerta y se encontraron en una estancia de suelo espejeante, en donde, al fondo, se veía una columna truncada, encima de la cual ardía un grueso cirio. Dos hombres, vestidos con túnicas provistas de capuchas, que ocultaban sus rostros, salvo los ojos, se acercaron a ellos con unas prendas idénticas en las manos.

—Pónganselas —dijo uno de los sujetos—. Usted puede conocer a su acompañante, pero no le importe quién es la persona que tiene al lado.

Danroy torció el gesto. Si todos los asistentes iban encapuchados, ¿cómo reconocería a Cubbs?

Soyd le había conseguido una fotografía del sujeto y estaba seguro de identificarlo. Durante unos segundos, vaciló en aceptar la indumentaria que se le ofrecía.

De repente, Kheena levantó una mano.

—Perdonen… Supongo que habrá aquí un tocador de señoras… Iré a preguntárselo a la recepcionista… Espérame, querido, por favor.

Kheena se marchó antes de que pudieran detenerla. Los dos individuos obligaron a Danroy a que se pusiera su túnica y se calara la capucha. Danroy aguardó pacientemente la vuelta de la joven, maldiciendo sus ansias de retocarse el pelo en unos momentos tan inoportunos.

Ella regresó diez minutos más tarde.

—Estoy lista, hermanos —declaró apaciblemente.

Una vez se hubo cubierto, los dos sujetos les acompañaron hasta una puerta.

—Es un ascensor automático. Déjense llevar.

Danroy y Kheena entraron en un cubículo, capaz para cuatro personas solamente. Las puertas se cerraron y el aparato inició el descenso hacia las profundidades de la tierra.

Una vez a solas, Danroy lanzó una gruesa interjección:

—Estas malditas capuchas me impedirán reconocer a Cubbs —se quejó.

—Tiene el asiento número treinta y dos, cuatro más allá de los nuestros, hacia la derecha —declaró ella sorprendentemente.

Danroy se volvió, estupefacto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Kheena sonrió bajo la capucha.

—No fui al tocador —explicó—. Apenas me di cuenta del inconveniente, puse aquella excusa, pero, en realidad, fui a ver a la recepcionista. Me dio la información a cambio de diez billetes de cincuenta mil.

—¡Medio millón! —se espantó Danroy.

—Ahora dispongo de fondos y nadie me pedirá cuentas.

El ascensor se detuvo en aquel instante y las puertas se deslizaron a un lado. Entonces, los dos jóvenes contemplaron un espectáculo singular.

* * *

En el subterráneo, se había construido un anfiteatro, no demasiado grande, sin embargo. Había solamente seis filas de asientos, amplios, cómodos, lo que teniendo en cuenta el diámetro del lugar, proporcionaba espacio apenas para un par de centenares de espectadores.

Desde la primera fila a la arena donde se efectuaban los combates, había una distancia de tres metros. Los asientos estaban ocupados casi en su totalidad.

Los espectadores quedaban ocultos por las capuchas, pero no se les impedía gritar y vociferar salvajemente. Apostadores profesionales, también enmascarados, iban y venían por los espacios situados entre cada fila de asientos, tomando y ofreciendo apuestas sin cesar un solo instante.

Cuando Danroy y Kheena llegaron, se estaba desarrollando un combate con armas muy diversas. Uno de los gladiadores usaba una pistola ametralladora, pero sus descargas resultaban inútiles ante la armadura con que se protegía su contrincante, armado, a su vez, con dos espadas que manejaba hábilmente con ambas manos.

La ametralladora, sin embargo, le mantenía a raya, impidiéndole acercarse a su adversario. Este pareció cansarse de la esterilidad de sus esfuerzos y, súbitamente, en una veloz maniobra, introdujo un nuevo cargador en su máquina mortífera.

El espadachín cargó furiosamente. El ametrallador hizo fuego con saña indescriptible.

Esta vez, había otra clase de proyectiles en el cargador.

Eran mini granadas, casi tan potentes como las antiguas de mano. El cuerpo del espadachín voló en fragmentos, despedazado por las dos docenas de explosiones que habían alcanzado su objetivo.

Hubo protestas de los perdedores, quienes alegaron que el vencedor había actuado traidoramente. Un juez encapuchado decidió, no obstante, que la victoria era legitima.

—Las pistolas ametralladoras pueden usar proyectiles explosivos y el rival del vencedor lo sabía perfectamente. Pudo haber alegado su no utilización antes del combate y no lo hizo, luego la victoria es atribuible al que ha ganado —declaró con voz tonante.

Varios sirvientes empezaron a retirar los nauseabundos restos del espadachín. Kheena cerró los ojos, para no contemplar aquel horripilante espectáculo. Luego, un voceador anunció el siguiente combate, dio los nombres de los gladiadores, describió las armas del primero, flechas con punta explosiva, y luego las del segundo.

—Pistola congeladora —dijo.

Danroy se atiesó.

—¿Pistola congeladora?

Inmediatamente, recordó lo ocurrido en el banco. En el mismo instante Kheena le dio un codazo.

—Mira el asiento treinta y dos —susurró—. Tú tienes el veinticinco.

Danroy volvió la cabeza. El hombre que se hallaba cuatro butacas a su derecha, con el torso ávidamente adelantado, era Cubbs.

Danroy decidió que lo mejor sería aguardar a que terminase el combate. Y se preparó para ver funcionar por segunda vez la pistola congeladora.

* * *

El combate apenas si tuvo historia, aunque luego se produjeron ciertos incidentes que preocuparon al joven extraordinariamente.

Primero salió el arquero que disparaba flechas con punta explosiva. El diámetro de la arena era de unos veinte metros y las reglas del juego exigían que disparase sus proyectiles de lado a lado.

En cambio, su contrincante podría acercarse todo lo que quisiera. El segundo gladiador apareció por una puerta, cargando con la bolsa que Danroy había visto ya en una ocasión y la caja que estaba unida a la batería con un cable. El juez dio la orden de comenzar la pelea y la primera flecha voló por los aires.

El hombre de la pistola congeladora intentó parar el proyectil, pero, evidentemente, tenía poca práctica y la flecha, al estallar su punta, le amputó el brazo izquierdo.

El gladiador, enloquecido por el dolor, se agitó espantosamente, moviendo la mano derecha sin control. Un chorro de hielo congeló a dos espectadores de la primera fila.

Se oyeron aullidos de espanto. La gente, aterrada, intentó escapar.

Cubbs no fue el único en tratar de huir de aquel arma tan horrible, pero la descarga le alcanzó en la espalda, cuando apenas había dado la vuelta y se convirtió en hielo instantáneamente.

Al cabo de unos segundos, se rompió en mil pedazos, en medio de una espantosa confusión. Danroy trató de proteger a la joven con su cuerpo, pero el hombre de la pistola congeladora, vencido ya por el dolor y la pérdida de sangre, había caído al suelo sin conocimiento.

En aquel mismo instante, un sujeto apareció en la arena y corrió hacia el caído, apoderándose de la bolsa y de la caja que emitía descargas congeladores. Danroy adivinó sus intenciones y saltó a la arena, lanzándose inmediatamente en persecución del fugitivo.

Kheena le siguió en el acto, sin importarle los riesgos que pudiera correr. Entró en un túnel, a ambos lados del cual se veían puertas que eran las de los vestuarios, y divisó al joven a unos treinta metros de distancia, justo cuando alcanzaba al fugitivo.

Este presintió la persecución y se volvió, pero Danroy no le dio tiempo a utilizar aquella espantosa caja, derribándole de un tremendo puñetazo. El sujeto perdió el conocimiento instantáneamente.

Danroy le quitó la bolsa y la caja, que puso en manos de la joven.

—Toma, pero ten mucho cuidado con el botón rojo —dijo.

Seguidamente se inclinó sobre el caído, cargándoselo al hombro. Luego buscó la salida.

—Nos lo llevamos prisionero, parece —dijo Kheena.

—Así es —confirmó el joven.

* * *

El hombre despertó minutos más tarde y supo que se hallaba a bordo de un aeromóvil que se movía a poca velocidad en la atmósfera. Después de unos momentos de vacilación, movió la mandíbula y miró a la pareja que tenía frente a sí.

Ya no había túnicas ni capuchas. El sujeto se dio cuenta de que el aparato se movía guiado por el piloto automático. Sacudió la cabeza y trató de poner en orden sus ideas.

—¿Por qué me han atacado? —preguntó—. Yo no les he hecho nada...

—He examinado tu documentación. Falsa o auténtica, dice que te llamas Per Ronsyll.

—Es mi nombre verdadero.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Sabes que Cubbs ha muerto?

Ronsyll se estremeció.

—Horrible —calificó.

—¿Quién era el gladiador de la pistola congeladora?

—Orthon, mi colega... El aceptó tomar parte en el juego...

—Eso significa que eres el único superviviente del grupo.

—Parece que sí —contestó Ronsyll, muy abatido—. No sé qué diablos ha podido pasar... Lo teníamos todo, dinero en abundancia... Pero no, el jefe quería ganar en los combates... La gustaba ver derramarse la sangre; era un sádico... aunque él nunca se atrevió a cargarse a un tipo....

—Sin embargo, utilizó la pistola congeladora para asaltar el banco.

—Era una buena ocasión, ¿no le parece?

—Luego admites haber tomado parte en el asunto.

Ronsyll se encogió de hombros.

—Parece que he perdido la partida —contestó.

—Aún puedes salir bien librado —dijo Danroy—. A fin de cuentas, tú no mataste al cajero. Podemos olvidar que te hemos visto, a cambio de informaciones.

—¿Qué clase de informaciones?

Kheena adelantó el torso bruscamente.

—¿Dónde está el profesor Qiphax? —inquirió.

—No tengo la menor idea —respondió Ronsyll.

—Vamos, vamos, no te hagas el remolón —dijo Danroy—. Estás en nuestro poder y, como ves, atado de pies y manos. Podemos tirarte desde el aparato y en estos momentos volamos a dos mil metros de altura.

Kheena alargó una mano.

—Mejor sería tirarlo a la montaña de hielo —propuso.

—¡No, diablos! —gritó el hampón—. Les diré todo lo que sé, a cambio de que me dejen en libertad.

—Y, además nos acompañarás al escondite de Cubbs y nos darás sus claves bancarias.

—Lo haré, se lo prometo.

—Muy bien. No sabes dónde está el profesor Qiphax, pero, dime, ¿cómo llegó este aparato a vuestro poder?

—El jefe hizo un trato con Jirt Rogan, el ayudante del profesor. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Rogan estaba en dificultades económicas y fue él quien le propuso venderle la pistola congeladora. Se cerró el trato, pero Cubbs no disponía del dinero que exigía el otro y lo convirtió en hielo.

—Entiendo. Así pues, Cubbs no vio nunca a Qiphax.

—En absoluto. Ninguno de nosotros lo vio.

—¿Para qué diablos podía querer Cubbs un aparato semejante? —se extrañó el joven.

—Bueno, le gustaba mucho apostar en los combates… Pero también andaba escaso de fondos y entonces ideó lo del atraco a las tarjetas de crédito.

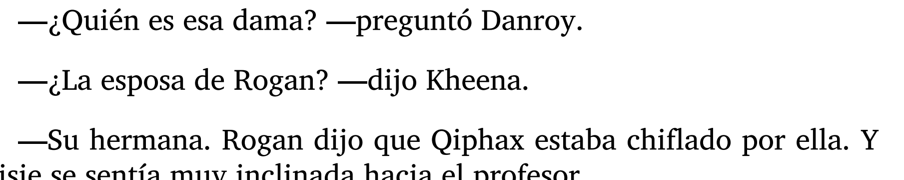
Danroy se volvió hacia la joven.

—No hemos adelantado gran cosa —añadió decepcionado.

—Si Rogan ha muerto, no podremos averiguar dónde está el profesor —convino Kheena.

—Quizá pueda decírselo Maisie Rogan —terció Ronsyll súbitamente.

Danroy y Kheena se volvieron hacia el sujeto.



—¿Quién es esa dama? —preguntó Danroy.

—¿La esposa de Rogan? —dijo Kheena.

—Su hermana. Rogan dijo que Qiphax estaba chiflado por ella. Y Maisie se sentía muy inclinada hacia el profesor.

—Bueno, parece que adelantamos algo —comentó Danroy—. ¿Sabes dónde vive Maisie Rogan?

—No, pero conozco a la otra hermana, Laura. Está casada y Maisie vivía con el matrimonio. Les daré la dirección...

Danroy dejó escapar un profundo suspiro. Las cosas, se dijo, empezaban a ofrecer un aspecto más optimista.

—Adelante, Per —invitó con amplia sonrisa.

CAPÍTULO X

Las noticias sobre la montaña de hielo no tenían nada de satisfactorias.

—Nadie sabe cómo detener ese incomprensible fenómeno —decía el locutor de la televisión—. La montaña alcanza ya los seiscientos metros de altura y su anchura, en la base, supera los dos mil quinientos metros. No se puede decir estrictamente que avance; lo más correcto es decir que «crece», constantemente y a una velocidad escalofriante, y ustedes perdonen este calificativo, impropio en otras circunstancias, pero enteramente adecuado a las presentes.

»Un tercio de la ciudad ha sido evacuado. Las destrucciones son incontables —prosiguió el locutor—. El gobierno estudia medidas de emergencia para los evacuados, cuyo número supera ya ampliamente el centenar de millares.

Una mano asomó por un lado de la pantalla y puso un panel delante del locutor. Tras unos segundos de pausa, éste prosiguió:

—Tenemos una última noticia, nada agradable, por cierto. Un reputado científico, según dicen el mejor meteorólogo del mundo, asegura que puede producirse un momento crítico en el desarrollo de este incomprensible fenómeno. En efecto, la superficie fría es cada vez mayor y el aflujo de vapor de agua, que luego se convierte en hielo, es asimismo constante y crece con asombrosa rapidez. La montaña de hielo puede alcanzar un tamaño insospechado y entonces, al tener una superficie indescriptiblemente mayor, el proceso de congelación podría acelerarse con una rapidez vertiginosa, de tal modo que, en pocas semanas, por no decir días, la Tierra podría quedar convertida en una bola de hielo vagando silenciosamente por el espacio…

Danroy apagó el televisor del aeromóvil en el cual se desplazaban hacia la residencia de la hermana de Maisie Rogan.

—Menudo invento —dijo—. Este es el arma que Zphtor quería para combatir a Orrigh. Tu gobierno sin duda, pensaba convertir a Orrigh en un mundo muerto, una esfera de hielo, tal como acaba de decir el comentarista de la televisión. ¿No te sienes avergonzada por eso?

Kheena bajó la cabeza.

—Orrigh trata de conquistamos —murmuró.

—Habría que conocer el punto de vista de tus adversarios. Pero, en fin, lo más urgente es encontrar al profesor y ver si podemos parar la maldita máquina de hacer hielo.

Aspiró el aire con fuerza y añadió:

—O alguien, que no está precisamente aquí, firmará la esquela de defunción del planeta Tierra.

Sobrevino una lúgubre pausa de silencio. Danroy pensó que la máquina da Qiphax debía de ser algo fantástico, cuando ya llevaba días y días en funcionamiento, y aún no se había encontrado la forma de detener aquel infernal artefacto.

Cuando la masa de hielo hubiese alcanzado proporciones aún mayores, las corrientes de aire se tornarían huracanes y sobrevendrían catástrofes inimaginables, antes de que toda la vida desapareciese en la superficie del planeta bajo una capa de agua solidificada, que no se fundiría, acaso, en cientos de miles de años.

Algo cortó inesperadamente sus poco agradables pensamientos. Fue un violento choque, que hizo oscilar el aparato con terrible violencia

Kheena gritó. Danroy no tuvo tiempo de pensar en lo que había sucedido, porque inmediatamente, se produjo la caída del aeromóvil.

El aparato se había ladeado en ángulo de casi 45°. Agarrado a un saliente, Danroy miró hacia el suelo, que se encontraba a mil metros de distancia.

La velocidad de descenso aumentó espantosamente. Antes de un minuto, se dijo, habrían acabado todos sus padecimientos. Ya no les importaría la suerte que pudiera correr el planeta.

* * *

A unos quinientos metros del suelo, algo cortó sorprendentemente la veloz carrera de descenso. El aeromóvil perdió todavía cien metros más de altura, pero su descenso se había visto refrenado con cierta rapidez.

El suelo se niveló. Atónitos, Danroy y la joven vieron unos cables que sujetaban el aparato por los costados y se perdían sobre sus cabezas.

—Arpeos magnéticos —identificó él inmediatamente.

El aeromóvil empezó a moverse en sentido horizontal. Indudablemente estaba siendo remolcado por otra nave que se encontraba a un nivel superior.

Danroy se arriesgó a abrir una de las ventanillas. Sacando medio cuerpo fuera, escorzó para mirar hacia arriba y confirmó sus sospechas. Alguien les había derribado primero y capturado después, y estaban siendo transportados a un lugar desconocido.

—¿Quiénes son? —pregunto Kheena.

—No tengo la menor idea —respondió él—. Para mí, es una situación absolutamente nueva.

Volvió a entrar y se sentó.

—Es preciso tener paciencia. Quienquiera que sea nuestro secuestrador, ya dará señales de vida.

—Yo sospecho quién puede ser —dijo Kheena.

—¿De veras? —exclamó Danroy sorprendido.

—Puede que me equivoque, pero creo que únicamente existe una persona capaz de jugamos esta mala pasada.

—Ah, le conoces...

—Sólo de nombre. No le he visto nunca.

—Pero, bueno, ¿quién diablos es ese misterioso individuo?

—Barhur…, el nombre es mucho más largo, pero con eso es suficiente. Es el jefe del espionaje de Orrigh III.

Danroy elevó sus brazos al cielo.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó—. Habéis traído aquí vuestras rencillas y...

No pudo continuar, porque notó que el aparato perdía altura y velocidad simultáneamente. Momentos después, el aeromóvil se posaba en el suelo, en medio de un espeso bosque y en un claro, en uno de cuyos lados se veía una cabaña de troncos.

Dos hombres, armados con unas extrañas pistolas, salieron corriendo de la cabaña y encañonaron a los prisioneros.

—Kheena, será mejor que no nos resistamos —aconsejó él.

Una potente voz ordenó:

—¡Salgan! No intenten nada o disparamos a matar.

Danroy se inclinó y cargó con la bolsa que había quitado a Ronsyll. A prevención, guardó en su interior la caja que producía el hielo e introdujo también el cable. Luego abrió la puerta.

Kheena salió tras él. Miró a la cabaña y divisó a un hombre parado bajo el dintel de la puerta.

—Sí, es Barhur —confirmó en voz baja.

* * *

—No tengo nada contra usted, señor Danroy, excepto que está ayudando a esta hermosa joven, aunque bien sé que lo hace por motivos profesionales y no porque participe de sus ideas políticas —dijo Barhur, mientras se paseaba por la amplia sala de la cabaña a la que habían sido conducidos los prisioneros—. Desgraciadamente, está de su lado y eso le convierte en mi enemigo —añadió.

El joven no se inmutó.

—Entones, ya ha decidido mi muerte —supuso.

Barhur se detuvo, volviéndose hacia él.

—Aún no he tomado una decisión —respondió—. Claro que no todo depende de mí, como puede comprender.

—Entonces, diga qué pretende de mí y veré de complacerle.

—¿Traicionando a Kheena? —sonrió Barhur.

Era un hombre alto, de aire apacible y bonachón, pero sus pupilas parecían de gris acero, duras e implacables.

—Cuando la propia vida está en juego, lo primero que debe hacer uno es pensar en sí mismo —dijo Danroy.

—Usted trabaja para ella desde el primer día. Por lo tanto sabe todo sobre el asunto. Deme información suficiente y le dejaré marchar, una vez que haya comprobado que no hay engaño en sus informes.

Danroy se volvió hacia la muchacha. Kheena estaba también

sentada, muy rígida, con las manos sobre las rodillas y, aunque pálida, sin expresión alguna en su rostro.

—No estás obligado en nada hacia mí —dijo ella—. Obra según tu propio criterio, Duss.

—Gracias —repuso Danroy.

Reflexionó en silencio durante unos momentos y luego levantó la vista hacia Barhur.

—La información que usted desea se refiere, sin duda, al profesor Qiphax y a su patente de la máquina de hacer frío —dijo

—En efecto, eso es lo que quiero.

—Para construir una más poderosa y congelar a Zphtor.

Barhur hizo un gesto ambiguo.

—Nuestros proyectos carecen de interés para usted, Danroy —contestó.

—O sea que debo hablar, sin importarme lo que ustedes puedan hacer después con mis informes.

—Exactamente.

—Bien, ¿y qué compensación obtendría yo de mi colaboración con usted? —preguntó el joven.

Barhur pareció sorprenderse.

—¿Beneficios? ¿Por qué íbamos a tener que pagarle nada? Está en nuestro poder y podemos apretarle las clavijas, como se dice aquí, para que declare todo lo que nos interesa.

—Ah, de modo que quiere que hable gratis.

—Si no le importa —contestó Barhur sarcásticamente.

Danroy cruzó los brazos.

—En tal caso, no hablaré —manifestó, tajante.

—Por favor, no nos obligue a emplear métodos que nos repugnan.

—Soy un tipo resistente. Empiecen cuando gusten.

Barhur parecía desconcertado por la insólita actitud del joven.

Danroy alzó el índice derecho.

—Tengan mucho cuidado con lo que me hacen —amenazó—. A esta chica que tengo al lado, pueden pulverizarla, si gustan; se verían en un compromiso, pero, siendo extranjera, la cosa no tendría mayor gravedad. En cambio Barhur, usted es extranjero y se propone causar daños a un nativo. No tengo ningún cargo oficial, pero al gobierno de la Tierra no le gustaría saber que el jefe de los Servicios Secretos de Orrigh III ha torturado a un terrestre.

Barhur pareció darse cuenta de la situación y torció el gesto.

—Buen... —rezongó—. A fin de cuentas... estos asuntos se pueden resolver por otros procedimientos... que excluyen por completo la violencia...

—¡Hombre, ya era hora de que dijera algo sensato! —exclamó Danroy—. Vamos, Barhur, empiece de una vez.

—De modo que quiere dinero, ¿eh?

—¡Qué torpe es usted! ¿Por qué cree que trabajo para esta muchacha?

—Ella es muy hermosa...

—También hay mujeres muy bellas en la Tierra. Cuando me contratan, no me fijo en el cliente, sino en mis honorarios y en su capacidad financiera para abonar mi factura.

—Entonces, usted quiere que yo le pague por sus informes.

—Parece que empieza a entender el asunto —dijo Danroy con sorna.

—Sí, ya lo entiendo, pero ¿qué puede decirme usted? ¿Está en condiciones de guiarme hasta el lugar donde se halla el profesor?

—Oiga, ¿adónde se cree que íbamos cuando nos capturaron?

Kheena se sentía estupefacta por la actitud del joven, aunque se daba cuenta de que Danroy parecía querer una ganancia de tiempo, con algún objeto que no acababa de entender. Pero, quizá, pensó, también deseaba más dinero del que ella podría ofrecerle...

—Está bien —dijo Barhur—. ¿Cuánto pide?

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Pues... ¿diez millones?

Danroy soltó una estentórea carcajada.

—¡Diez millones! Una miseria, hombre... Kheena, ¿has oído? ¿Cuánto me ibas a pagar tú?

La muchacha comprendió en el acto y puso cara displicente.

—Ciento cincuenta millones —contestó.

Barhur dio un salto hacia atrás.

—¡Es una cifra disparatada! —aulló—. No pagaré una cantidad semejante, ni aunque me arranquen la piel a tiras.

—Es usted un desaprensivo —le apostrofó Danroy desdeñosamente—. Yo apostaría algo bueno a que su gobierno le ha provisto de fondos ilimitados. Claro, luego pasará una factura imaginaria y se «forrará» a costa del contribuyente orrighiano...

—¡Yo soy un hombre honrado! No defraudo jamás al erario de mi planeta —rugió Barhur.

—Eso es lo que usted dice, pero ¿quién prueba lo contrario? Muchachos —Danroy se dirigió a los secuaces de Barhur—, ¿cuánto os va a pagar el jefe por ayudarle?

—El señor Barhur es absolutamente honrado —contestó uno de los interpelados.

—Eso es lo que tú crees. A mí me pagará diez millones y luego pasará una factura de cien o doscientos o lo que le parezca, y se embolsará el resto sin el menor escrúpulo...

—¡Basta! —cortó Barhur con un aullido de cólera—. Si ella le paga ciento cincuenta millones, yo le daré doscientos. Pero, por todos los diablos, hable de una vez.

—¿Ha dicho doscientos millones?

—¡Si!

—Muy bien. Traiga el resguardo del ingreso en mi cuenta y le diré todo lo que desea saber.

—Ah, quiere el dinero por adelantado...

—¿Me toma por tonto? Si le digo dónde está el profesor antes,

luego no querrá pagarme, así que vaya a la ciudad y... Total, son sólo treinta kilómetros escasos. Ya le daré la dirección de mi banco y la clave de mi cuenta corriente. Pero no diré una sola palabra, hasta tener el resguardo del ingreso. Tómelo o déjelo, Barhur, es su última oportunidad.

Barhur apretó los labios.

—De acuerdo, haré el ingreso de esa suma. Pero usted y la chica se quedarán aquí como rehenes, hasta que yo haya encontrado al profesor.

—Me parece muy justo. Usted también debe asegurar su inversión —sonrió Danroy—. ¿Quiere escribir?

Barhur sacó una diminuta grabadora y la puso delante del joven.

—No es necesario escribir. Grabaré los datos y así me atenderán en mi banco sin más problemas —dijo.

Momentos después, Barhur se disponía a emprender la marcha hacia la ciudad. Antes de salir se volvió hacia sus secuaces.

—Vigilad bien —recomendó lacónicamente.

—No habrá dificultades —contestó uno de ellos.

—¡Un momento, Barhur! —llamó Danroy.

El orrighiano se volvió.

—¿Qué desea ahora? —preguntó de mal talante.

—Le aconsejo de un rodeo para evitar la montaña de hielo —dijo el joven sonriendo.

Barhur soltó un bufido, abrió la puerta y luego cerró de un portazo que hizo retemblar las paredes.

Entonces, el que parecía jefe de los vigilantes hizo un gesto con la mano.

—Levántense. Vamos a encerrarlos en una habitación hasta que vuelva el jefe.

CAPÍTULO XI

Apenas estuvieron a solas, Kheena se precipitó sobre el joven.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Te has vuelto loco? No sabemos dónde está el profesor y cuando Barhur se dé cuenta del engaño, te hará pasar un mal rato…

—Calma —sonrió Danroy—. De momento, ganamos tiempo, que es lo que he estado buscando desde el principio. Y, desde luego, no sé dónde está el profesor, aunque en muchos días tenemos la primera pista esperanzadora. Pero no voy a permitir que Barhur me lo rapte, para marcharse con él y dejar que su maldita máquina siga produciendo frío y amenazando con congelar el planeta.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó ella desconcertada

Danroy señaló la bolsa que tenía a los pies.

—Ni siquiera la han mirado —contestó—. Ellos están armados… ¿qué clase de chismes son esos que llevan colgados de los cinturones?

—Pistolas paralizantes. La paralización puede durar de un minuto a toda una eternidad; depende de la intensidad de la descarga, que se puede graduar a voluntad.

—Pueden matar, parece.

Kheena asintió.

—Sí —repuso.

Danroy entornó los ojos, mientras contemplaba el interior de la estancia a la que habían sido conducidos después de la marcha de Barhur. Era una habitación pequeña y sólo tenía una ventana, con postigos exteriores que alguien estaba clavando por fuera, según parecía por los ruidos que llegaban al interior de la estancia.

—No tenemos más que una salida —señaló la puerta.

—Hay tres pistolas contra nada —dijo ella.

Danroy puso la bolsa encima de una mesita.

—Me desagrada hacerlo, pero no tengo, otro remedio —dijo a la vez que extraía la caja que producía el frío.

—Si consigues salir de aquí, ¿qué harás?

—Lo primero de todo, procuraré que Barhur no pueda seguimos. Después..., bien, tenemos que hablar con Laura Rogan...

Danroy dejó la bolsa con la batería junto a la puerta y abrió ésta ligeramente. Había dos vigilantes en el salón, entreteniéndose con las últimas informaciones sobre la montaña de hielo, que había rebasado ya los mil metros de altura y estaba a punto de alcanzar la orilla del mar.

Más de dos tercios de la ciudad habían sido destruidos y aún no se había encontrado la forma de acabar con aquel extraño fenómeno. Las bajas temperaturas llegaban ya a muchos kilómetros en torno a la montaña de hielo, cuyo crecimiento podía ser apreciado a ojos vista.

El tercer vigilante entró en aquel momento.

—Voy a preparar café —anunció.

Se acercó a la fregadera, llenó una cafetera y la puso al fuego. Apenas lo había hecho, la cafetera, con su contenido, y la cocina, se convirtieron en hielo.

El sujeto dio un salto hacia atrás, a la vez que emitía un aullido. Sus compañeros se levantaron en el acto.

—¿Qué diablos pasa aquí?

Danroy congeló un sillón, el televisor y una mesa.

—Será mejor que tiren las armas y levanten las manos o les convertiré en hielo —amenazó.

Uno de los orrighianos, despreciando la amenaza, llevó la mano a la culata de su pistola paralizante. Danroy le envió una descarga y el hombre se congeló instantáneamente.

Los otros dos, aterrados, presenciaron el indescriptible espectáculo de una estatua de hielo, que unos segundos antes había sido un ser humano, y que se deshacía en multitud de fragmentos hasta convertirse en impalpable polvillo. Danroy terminó de abrir la puerta y encaró el aparato hacia los dos aterrados vigilantes.

—No amenazaba en vano —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, dos pistolas cayeron al suelo y dos pares de brazos se levantaron hacia las alturas.

—¿Kheena?

—Sí, Duss —contestó la joven.

—Busca sábanas y haz tiras. Vamos a atar a estos tontos, a fin de evitar inconvenientes más tarde.

—Es una buena idea —aprobó Kheena.

—De modo que está a su lado —dijo uno de los orrighianos rabiosamente.

—Si Barhur fuese una chica guapa y no un hombre, y ella fuese un hombre y no una chica guapa, yo estaría al lado de Barhur —contestó el joven sarcásticamente.

Minutos más tarde, los dos vigilantes quedaban atados de pies y manos. Danroy comprobó la solidez de sus ligaduras y luego se volvió hacia la muchacha.

—Has hecho una buena labor —elogió—. ¿Qué te parece si ahora nos tomamos una copa?

—Yo creí que saldríamos hacia la casa de Laura...

—¡Cuidado, no pronuncies nombres que puedan ser captados por oídos indiscretos! Kheena, compréndelo, no podemos marcharnos de aquí hasta que haya regresado Barhur.

Ella asintió.

—Sí, tienes razón; debemos asegurarnos de que no van a causamos más problemas.

* * *

Barhur se apeó del aeromóvil, caminó unos cuantos pasos; abrió la puerta y se encontró ante la boca de una pistola paralizante que la apuntaba directamente al cuerpo.

—Hola —dijo Danroy sonriendo plácidamente.

En un instante, Barhur captó la imagen de sus dos secuaces, tendidos en el suelo y atados sólidamente.

—Debí haber imaginado que usted no jugaría limpio —dijo con los dientes juntos.

Danroy hizo un gesto con la cabeza.

—Usted es el jefe de un Servicio Secreto y está acostumbrado a las trampas —respondió—. Por favor, separe las manos del cuerpo...

—¡Traigo el resguardo! —aulló Barhur—. Ingresé doscientos millones en su cuenta...

—No me interesa. Haga lo que le digo.

—¿Desprecia doscientos millones? —se asombró Barhur.

—Se los devolveré en su momento, excepto el importe de un aeromóvil, ya que ustedes han averiado el mío irreparablemente. Barhur, hombre, no me haga perder más tiempo. No sé manejar muy bien este chisme y si disparo una descarga demasiado intensa...

—Falta uno de mis hombres —observó el orrighiano.

—Lo siento. No me dejó otra alternativa.

—Está bien. Pero si consigo escapar de aquí.

Danroy apretó el gatillo. La descarga paralizaría a Barhur durante un cuarto de hora, tiempo que estimaba más que suficiente para registrarle a fondo asegurándose de que no llevaba encima nada que le permitiera escapar antes de tiempo y continuar creándoles inconvenientes.

Cuando Barhur despertó, se encontró atado de pies y manos, imposibilitado de moverse. Desde el umbral, Danroy agitó una mano alegremente.

—Ya volveremos a soltarles —prometió.

Cerró la puerta y corrió hacia el aeromóvil donde ya le esperaba la muchacha.

—¡Kheena, proa a la casa de Laura Rogan! —exclamó.

* * *

—No, mi apellido actual no es Rogan, sino Wetts, pero da lo mismo —manifestó la mujer, en la puerta de su casa—. ¿Qué es lo que desean de mí?

Danroy estudió unos instantes el rostro de Laura. Tenía unos cuarenta años y ofrecía un aspecto saludable y atractivo. Algo llenita de carnes, debía de ser muy simpática, aunque en aquellos momentos mostraba un lógico recelo hacia dos personas a las que no conocía en

absoluto.

—Soy Duss Danroy y ella es Kheena de Zphtor —dijo el joven—. Deseamos hablar con usted acerca de su hermana Maisie.

—No sé dónde está...

—Señora, sabemos que está con el profesor Qiphax. No buscamos a Maisie sino al profesor y nos interesa enormemente encontrarlo. Puedo asegurarle que no queremos causarle ningún daño; sólo deseamos hablar con Qiphax.

—Mi hermana Maisie vive su vida independientemente de...

—Lo mismo que su hermano Jirt, ¿verdad?

Laura torció el gesto.

—Hace años que no me trato con él. No me gusta su comportamiento —respondió.

—Siento mucho tener que darle una mala noticia. Jirt ha muerto.

Sobrevino una pausa de silencio. Las facciones de Laura se crisparon momentáneamente.

—Tenía que acabar así —dijo al cabo—. No sé qué le sucedió, pero estoy segura de que murió de mala manera. Era un hombre listo, inteligente, podía haber llegado muy lejos junto al profesor, pero... las malas compañías; su debilidad de carácter...

—Lo lamento, señora Wetts. Todo lo que ha dicho es rigurosamente cierto su hermano se mezcló con unos hampones y éstos lo asesinaron, aunque luego pagaron su crimen con la vida. Se lo digo, por si le sirve de consuelo, aunque, a pesar de todo, estimaría más saber vivo a su hermano.

—Ya no se puede hacer nada por él —contestó Laura opacamente —. Bien, ¿qué quieren de mí?

Danroy paseó la mirada por el interior de la casa, modesta, pero limpia y bien arreglada. Al otro lado, a través de una ventana, divisó a un hombre que labraba la tierra con un tractor.

—Es una granja muy próspera —sonrió.

—Da para vivir sin apuros —respondió Laura—. Y aquí estamos bien, en el campo, lejos de la ciudad...

—Señora, será mejor que hablemos del profesor —propuso Danroy—. Sin duda, conoce las noticias de la montaña de hielo.

—Creo que ya se está congelando el mar, en la costa. Hace unos minutos dijeron algo en un noticiario..., pero ¿qué tiene que ver el profesor con esa mole de hielo?

—Pues... verá, es su autor y el único que conoce la forma de evitar que siga creciendo. Es más, hemos de damos prisa, si queremos impedir una catástrofe a escala planetaria.

—De modo que ha sido ese bribón de Richard...

Danroy arqueó las cejas. ¿Por qué usaba Laura el nombre del profesor?

Laura adivinó su sorpresa y sonrió.

—Se ha casado con Maisie —dijo.

—Oh, felicidades...

—Y no están muy lejos de aquí. Decidieron pasar la luna de miel en la cabaña que usa el pastor de nuestras ovejas en el invierno.

Danroy cambió una mirada con la muchacha. Kheena lanzó un hondo suspiro.

—La búsqueda ha terminado, por fin.

—Sí, pero aún tenemos que resolver el problema más importante. Señora, ¿quiere indicamos dónde está esa cabaña?

Laura se acercó a la puerta y señaló un punto con la mano.

—Allí, a unos cinco kilómetros, junto a la orilla del arroyo —indicó.

Danroy agarró en el acto el brazo de la muchacha.

—Vamos, no perdamos más tiempo —exclamó.

CAPÍTULO XII

Sonó un fingido chillido de pavor. Una mujer desnuda apareció entre la espesura, corriendo delante de un hombre, que tampoco llevaba encima una sola prenda de ropa. Maisie Rogan, ahora Qiphax, reía alegremente al meterse en el riachuelo hasta la cintura.

Entonces fue cuando vio a la pareja que la contemplaban con la sonrisa en los labios y se cubrió los senos con las manos.

El hombre se detuvo en seco.

—¡Cuidado, Richard! —gritó Maisie.

Qiphax miró sucesivamente a los dos jóvenes.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó—. ¿Por qué vienen a curiosear impertinentemente a un sitio donde no han sido llamados?

—Profesor, parece mentira... Está próximo a cumplir el siglo y se porta como un adolescente...

—Eso no le interesa a usted, señor mío. Me siento joven y es lo importante. Pero aún no me ha dicho quién es...

—Será mejor que se cubra. O se meta en el agua hasta la cintura, como la señora Qiphax.

El profesor hizo lo que le decían y se colocó delante de su mujer, para cubrirla con su cuerpo.

—Hable —invitó.

El joven dio su nombre y el de su acompañante. Luego dijo:

—Profesor, usted es el inventor de una máquina de hacer frío, que puede funcionar ininterrumpidamente durante muchísimo tiempo, por no decir eternamente.

—Sí, yo inventé esa máquina, aunque también tiene sus limitaciones...

—En este caso, parece que no hay tales limitaciones. ¿Es que no se ha enterado de lo que ocurre?

Qiphax puso cara de extrañeza.

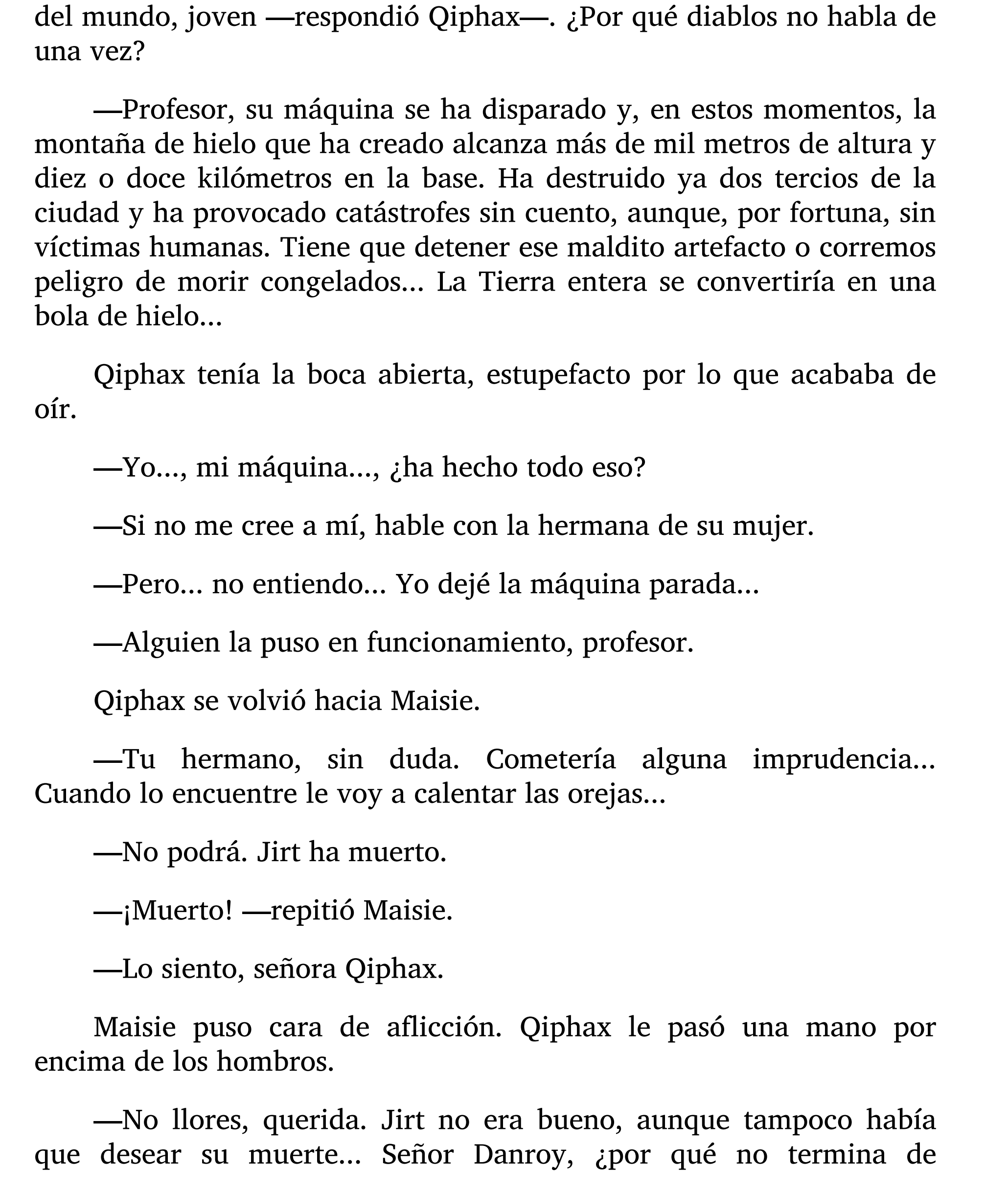
—¿Qué sucede? —exclamó.

Danroy cambió una mirada con la muchacha.

—Está en el limbo —murmuró.

—¿Qué es eso, Duss? —preguntó Kheena.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Oiga, profesor, ¿es que no oye usted las noticias de la televisión?



—Hace un par de semanas que nos hemos aislado por completo del mundo, joven —respondió Qiphax—. ¿Por qué diablos no habla de una vez?

—Profesor, su máquina se ha disparado y, en estos momentos, la montaña de hielo que ha creado alcanza más de mil metros de altura y diez o doce kilómetros en la base. Ha destruido ya dos tercios de la ciudad y ha provocado catástrofes sin cuento, aunque, por fortuna, sin víctimas humanas. Tiene que detener ese maldito artefacto o corremos peligro de morir congelados… La Tierra entera se convertiría en una bola de hielo…

Qiphax tenía la boca abierta, estupefacto por lo que acababa de oír.

—Yo…, mi máquina…, ¿ha hecho todo eso?

—Si no me cree a mí, hable con la hermana de su mujer.

—Pero… no entiendo… Yo dejé la máquina parada…

—Alguien la puso en funcionamiento, profesor.

Qiphax se volvió hacia Maisie.

—Tu hermano, sin duda. Cometería alguna imprudencia… Cuando lo encuentre le voy a calentar las orejas…

—No podrá. Jirt ha muerto.

—¡Muerto! —repitió Maisie.

—Lo siento, señora Qiphax.

Maisie puso cara de aflicción. Qiphax le pasó una mano por encima de los hombros.

—No llores, querida. Jirt no era bueno, aunque tampoco había que desear su muerte… Señor Danroy, ¿por qué no termina de

explicamos todo?

El joven sonrió.

—Traeré algo para que se cubran —dijo.

* * *

Maisie, ya vestida, sirvió café. Qiphax había escuchado atentamente el relato de los acontecimientos y, cuando Danroy hubo terminado de hablar, dijo:

—La pila que acciona la máquina es de duración prácticamente ilimitada —dijo—. Sin embargo, hay una forma de anular sus efectos.

—Dígalo pronto, profesor —exclamó el joven—. Las cosas pueden empeorar de tal modo, que estamos corriendo el peligro de una situación irreversible.

—Lo que fabrica mi máquina no es estrictamente hielo, es decir, agua en estado sólido, aunque tenga toda su apariencia y posea todas sus propiedades. Para hablar con claridad, es una aglomeración molecular, cuyos efectos son prácticamente idénticos a los del agua en estado sólido.

—Y eso ¿qué objeto tiene?

—Oh, fue un experimento de laboratorio..., una etapa en mis investigaciones sobre...

Qiphax se interrumpió bruscamente. Parecía un tanto irresoluto y hasta avergonzado, apreció Danroy.

—¿Qué clase de experiencias, profesor?

—Tra... transporte de lí... líquidos en la mitad del espacio y en estado sólido... ¡Si esa montaña fuese hielo auténtico, ocuparía más del doble de su tamaño actual!

—Pero la máquina portátil congela a las personas. Nosotros lo hemos visto, profesor —alegó Kheena.

—La máquina portátil, ¿eh? —Qiphax se volvió hacia su esposa —. El bribón de tu hermano quería construir una de pequeñas dimensiones y, al fin, se salió con la suya...

—Dejemos eso, profesor —cortó Danroy—. Tenemos que encontrar remedio para su hielo o lo que sea; es algo que no importa

ahora demasiado…

—Tengo la solución, no se preocupe.

—Cavar un túnel y llegar a la pila —apuntó Kheena.

—Oh, no, en absoluto. Dadas las dimensiones de la montaña de hielo, el subsuelo estará helado hasta una gran profundidad. La única solución es arrojar unas cuantas toneladas de ácido, cualquier ácido, sobre la cúspide de la montaña.

—Pero se congelará…

—En el primer momento, sí, aunque luego iniciará una reacción descohesionadora, que dará origen al proceso de fusión. Una palabra impropia, desde luego, aunque los efectos sean idénticos.

—Bueno, la montaña se fundirá, pero la máquina confinará actuando interrumpidamente y fabricando ese maldito hielo…

—La reacción provocará un aumento de la potencia de la máquina, que acabará por destruirse a sí misma. Es como cuando se somete a un motor a un trabajo muy superior al que debe soportar. Acaba quemándose, ¿comprende?

Danroy hizo un gesto con la mano.

—Entonces, profesor, será mejor que suspenda su luna de miel y vaya a presentarse a las autoridades —dijo.

—No resultará agradable…, yo me considero culpable de lo sucedió…

—Debe afrontar la realidad, por amarga que le resulte, profesor.

Qiphax respiró profundamente.

—¿Qué opinas tú, Maisie?

La señora Qiphax asió la mano de su esposo.

—Me casé contigo para estar a tu lado en la fortuna y en la adversidad —contestó.

—De acuerdo. Ahora mismo volveremos a la ciudad.

Danroy se sintió infinitamente relajado. Habían llegado ya al término de una serie de agitadas investigaciones y el problema entraba ya en vías de solución.

—Oiga, eso de reducir el volumen de los líquidos debe de resultar muy interesante —comentó.

—Tiene inconvenientes todavía, el principal de todos, las bajas temperaturas que se necesitan. Todo gas se calienta al ser comprimido, y así debería ser con el agua cuando se la quiere reducir a la mitad de su volumen, por un proceso que, en realidad, no es sino la reducción del espacio intermolecular. Pero, no sé cómo, esa reacción, si se la puede llamar así, produce un frío muy próximo al vacío espacial... Habré de resolver ese problema algún día... —contestó Qiphax preocupadamente.

—Antes tiene que resolver otro más importante —dijo el joven—. Y por todos los diablos, ¿por qué no se preocupó más de comercializar sus baterías eternas? Eso sí que le habría dado dinero...

—Tendré que pensármelo, muchacho.

—Ahora está casado y debe pensar en su esposa... y en la cantidad de reclamaciones que le sobrevendrán.

—Maisie —suspiró el profesor—, volvamos a la ciudad.

—Sí, querido.

—Ustedes pueden quedarse aquí todo el tiempo que gusten. Si necesitan algo, Laura les atenderá en lo que sea preciso.

—Gracias, pero nosotros también regresamos —dijo Danroy, a la vez que se ponía en pie.

De pronto, recordó algo y se dio una palmada en la frente.

—¡Cielos! Me había olvidado de Barhur...

—¿Piensas soltarlo?

—Ahora ya no puede hacer nada. Y tú tampoco.

Kheena comprendió y bajó la cabeza.

—Casi hubiera sido preferible no encontrar al profesor —murmuró.

—Es una forma de opinión que no comparto en absoluto.

—Sí, desde luego. Pero ¿qué haré yo ahora? He fracasado en mi misión. En Zphtor me pondrán verde...

—No lo creo. A fin de cuentas, si no has conseguido el arma, Barhur tampoco y eso puede evitar la guerra. Si llegarais a usar el congelador como arma de guerra, los otros se defenderían con ácido.

—Tendré que pensar en una buena excusa —dijo ella, con una sonrisa de circunstancias.

—Aspiras a ser algo en política. Ya encontrarás la excusa apropiada —aseguró Danroy.

* * *

Cuando llegaron a la cabaña, vieron a Barhur que estaba a punto de soltarse. Casi en el mismo instante, aterrizó otro aeromóvil.

Una mujer desembarcó del aparato.

—¡Duss! —gritó Marla de Marven.

Danroy se volvió.

—¡Demonios! —respingó—. ¿Qué haces aquí?

—El guardabosques es amigo mío y me informó que había visto gente sospechosa... Pero tú no eres sospechoso...

El joven sonrió.

—Sigues queriendo comprar... un hombre —dijo.

—Tú vendes de todo, Duss —contestó Marta maliciosamente.

—Sí, vendo de todo. Aguarda un momento, por favor.

Entró en la cabaña, terminó de soltar a Barhur y lo empujó hacia el exterior.

—¿Cuánto pagarías por él? —preguntó.

Marla contempló al sujeto especulativamente.

—No está mal. Tiene un cierto atractivo exótico que... ¿Un millón?

—¡Adjudicado! —exclamó Danroy.

—Oiga, usted no puede venderme como su fuese una cosa —protestó Barhur.

—Amigo mío, usted ignora las leyes de la Tierra —contestó el

joven sin inmutarse—. En estos momentos, usted no es más que un objeto, una cosa, un cachivache que alguien puede comprar, siempre que ese comprador sea terrestre. Porque, naturalmente, no irá por ahí pregonando que es el jefe del Servicio Secreto de Orrigh III, ¿verdad? Pondría en un serio aprieto a su gobierno, aparte del ridículo que haría usted confesando que ha fracasado en su misión. A su gobierno no le gustaría saber que usted les ha situado en una incómoda posición y puede que quisieran hacer un escarmiento.

Barhur miró de reojo a Marla.

—Bueno..., si la venta no es... definitiva...

—Puede llegar a serlo, pero ya es cosa de los dos. —Danroy empujó al orrighiano hacia adelante—. Es todo tuyo, Marla.

—Quedan dos —dijo Barhur

—Ella los compra también, para darles un empleo como sirvientes, ¿verdad?

—Compro todo el lote entero —rio Marla.

—De acuerdo. Ya me enviarás el dinero, no te preocupes.

Momentos después, Marla Barhur, y los otros dos, habían desaparecido de aquel lugar. Danroy se volvió hacia la muchacha.

—Hemos terminado —dijo, satisfecho.

* * *

La montaña de hielo se derretía a ojos vistas.

Enormes regueros de agua descendían de las alturas y formaban arroyos que corrían por todas partes. Los signos de la destrucción empezaban a ser visibles de nuevo.

Danroy meneó la cabeza. Pasaría tiempo antes de que la ciudad se recuperase de la catástrofe.

Se preguntó cómo había empezado todo. ¿Lo había hecho Rogan por rencor? ¿Se sentía frustrado?

Ya no to sabrían nunca, pero tampoco importaba demasiado.

Lentamente, abandonó el lugar. De pronto, recordó algo.

—Cielos, como me descuide, llegaré tarde al astropuerto.

Echó a correr hacia su aeromóvil, pero en el camino se detuvo para comprar un ramo de flores. Encargó el mejor y, tras pensarlo un poco, escribió una breve pero sentida dedicatoria.

PARA LA MUJER QUE TRAJO EL FRIO Y

SE LLEVA EL CALOR DE MI ALMA.

Quedaba un tanto pretencioso, pero le pareció que a ella le gustaría… «Aunque no sea verdad», pensó.

¿O sí era verdad?

Cuando llegó al astropuerto, faltaban ya pocos minutos para que se iniciara el embarque de los pasajeros con destino a Zphtor V. Kheena estaba en la sala de espera y sus ojos brillaron de alegría al ver a Danroy.

El joven apreció en ella un detalle que le agradó sobremanera: Kheena llevaba el pecho cubierto. Sin embargo, no hizo ningún comentario.

—Toma —dijo, al entregarle las flores.

Kheena olió un poco y luego apretó el ramo contra su pecho. Al darse cuenta de que había una tarjeta escrita, la despegó y leyó su contenido.

—Exageras un poco, ¿no crees? —sonrió.

—Te deseo un feliz viaje y mucha suerte en tu futuro político. Tal vez vaya a visitarte algún día, cuando ya seas presidenta de Zphtor V.

Ella no dijo nada. En aquel momento, los altavoces llamaron a los pasajeros.

Kheena se dejó llevar por la cinta deslizante. Danroy quedó fuera, contemplando la esbelta silueta de la joven, que se empequeñecía por momentos.

Un oficial atendió los documentos de Kheena. Ella se situó en la escalera móvil que la llevaría a la compuerta de acceso a la nave. Volvió la cabeza y agitó una mano.

Danroy hizo un gesto análogo. La escalera se puso en movimiento

De súbito, cuando se hallaba a mitad de la ascensión, Kheena dio media vuelta y bajó a saltos, atropellando a todo el mundo. Para correr mejor, tiró el ramo de flores y extendió los brazos:

—¡Duss, Duss! —gritó.

Danroy corrió a su encuentro. Los dos se fundieron en un estrecho abrazo.

Las bocas se unieron en un frenético beso. Luego, ella separó un poco su cara y le miró con ojos apasionados.

—¡Duss, al diablo con la presidencia de Zphtor V! —exclamó.

—¿Estás segura...?

—Acabas de comprarme... para siempre.

—¿Cuál es el precio, hermosa?

—Fíjalo tú mismo, querido

Danroy sonrió y puso un brazo en torno a la cintura de la joven.

—Tenemos toda la vida por delante para calcular cuánto vales..., aunque sí creo estar seguro de afirmar una cosa.

—Dime —pidió ella anhelante.

—En toda la Galaxia no hay dinero suficiente para comprarte.

—Pero tú ya me has comprado...

—Porque no he empleado una sola moneda.

—Tienes razón.

Kheena suspiró profundamente.

—Me convertiré en una terrestre...

—En mi esposa, que vale muchísimo más —respondió él.

A lo lejos, se divisaban espesas nubes de vapor, pero esta vez no se convertirían en hielo, sino que se elevaban para deshacerse en la atmósfera.

FIN